

Espacio, poder e identidad

Hacia un estatus urbano de lugar



Guillermo Tella
(coordinador)

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

ESPACIO, PODER E IDENTIDAD.
HACIA UN ESTATUS URBANO DE LUGAR

Guillermo Tella
(coordinador)

Espacio, poder e identidad. Hacia un estatus urbano de lugar

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Amado, Jorge

Espacio, poder e identidad : hacia un estatus urbano de lugar / Jorge Amado ; Juan Donato Lombardo ; Guillermo Tella. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015.

72 p. ; 21x15 cm. - (Cuestiones metropolitanas; 18)

ISBN 978-987-630-215-9

1. Urbanismo. 2. Política Social. I. Donato Lombardo, Juan II. Tella, Guillermo
CDD 711

Fecha de catalogación: 13/07/2015

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7578

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de la colección: Andrés Espinosa

Corrección: Gustavo Castaño

Ilustración de tapa: Franco Perticaró, en base a mapa producido por Stamen Design, bajo licencia Creative Commons Attribution (CC BY 3.0).

ISBN: 978-987-630-215-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación	9
Parte I	
La ciudad. Inversiones, reproducción social y orden territorial/ Juan Donato Lombardo	15
Parte II	
La periferia. Representaciones simbólicas y construcciones discursivas/ Guillermo Tella y Jorge Amado	37
Referencias bibliográficas	63
Reflexiones finales	67
Los autores	71

Presentación¹

Nuestras ciudades, entendidas como construcciones sociales y colectivas, se encuentran insertas en redes de reproducción del capital y, para sostener la ingeniería socioespacial que sustente el lugar de producción, demandan cierto orden urbano que organice el territorio. Sin embargo, para alcanzar un orden urbano que favorezca estas estrategias de reproducción se requiere de un modelo de ciudad a expensas de la equidad, la integración y el bien común.

En ese marco, el tema aquí planteado apunta a reconocer de qué modo el desarrollo de la ciudad puede estar acompañado por metas y prácticas que no consagren la búsqueda del beneficio individual sino que tiendan a un tipo de ciudad en favor de la prosperidad colectiva y el respeto al soporte natural, a la inclusión social, a la redistribución justa de cargas. En síntesis, que aliente la reproducción de la vida.

Como hemos mencionado, en esa lógica se fomenta un modelo de ciudad que actúa fundamentalmente como espacio de negocios, acentuando las diferencias en el derecho que tienen los distintos sectores sociales a acceder a ella y a los bienes y servicios que eso significa. De esa manera, podemos observar cómo estos procesos generan en la ciudad nuevas relaciones entre *espacio, poder e identidad*.

A su vez, dichas relaciones se expresan mediante símbolos, entendidos como elementos materiales y no materiales que comunican ideas o valores para ordenar y configurar el territorio, la población y las inversiones. De modo que el símbolo, lejos de ser un elemento circunstancial, constituye uno de los factores más importantes de diferenciación de lugares para construir *identidad, cultura y ciudad*.

La ciudad, entonces, se presenta como un escenario de luchas constantes a partir de las cuales se van modelando los diferentes espacios urbanos y tejiendo las relaciones sociales que los sustentan. En ese accionar, las diferencias

¹ El presente trabajo forma parte de los resultados preliminares alcanzados en el proyecto de investigación “Reproducción social y construcción del territorio: el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires”, programación 2013-2014, dirigido por el Dr. Guillermo Tella, acreditado por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y subsidiado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), correspondiente a la Programación Científica 2013-2014.

simbólicas de cada uno cualifican el territorio y definen ciertas marcas en el proceso de construcción de la ciudad que establecen un nuevo *estatus de lugar*.

Para ahondar sobre estas cuestiones tomamos como caso de estudio el Área Metropolitana de Buenos Aires de las últimas décadas, para examinar distintas perspectivas de consolidación de las centralidades, de construcción de la noción de periferias, de participación de los diferentes actores sociales. Y se han considerado dimensiones de análisis como: los marcos normativos, el nivel socioeconómico de la población, las políticas públicas implementadas, las preferencias sociales, la geografía del lugar, etc.

Junto a la interpretación del proceso de construcción de la ciudad proponemos avanzar en el desarrollo de una mirada evolutiva de la periferia urbana, su expansión y su consolidación, su impronta y sus atributos. Con lo cual, nos centraremos en las características diferenciales propias de ese territorio suburbano en relación con cada escenario reciente y su estrecho vínculo de funcionalidad con las áreas de centralidad urbana.

La idea de la metropolización de Buenos Aires comenzó a gestarse como categoría político-territorial a fines de la década del 40. Desde entonces, esa idea ha ofrecido fuertes resistencias hasta constituirse en un objeto de estudio en sí mismo. A mediados de los años 70 fueron publicados los primeros trabajos referidos al proceso de expansión y consolidación de su periferia, con una espacialización de lo social que instalaba en clave política disputas en el territorio.

Mientras algunos autores dirigen la mirada hacia áreas consolidadas, otros permitieron espacializar las condiciones de hacinamiento, precariedad e informalidad sobre las que se fue construyendo la periferia urbana desde mediados del siglo pasado. Resulta relevante entonces comprender las razones con las que se define un tipo de sociedad por estratos a partir de una distribución espacial que define y establece diferencias en la ciudad.

Es notable observar cómo dichas diferencias remiten a percepciones, definiciones, descripciones y representaciones sociales, es decir, a construcciones subjetivas. Este tipo de construcciones, realizadas como caracterizaciones, delimitaciones y diferenciaciones de lugares, personas y grupos, pueden representar discursos de segregación. Proponemos entonces abordar el tema desde el análisis de los llamados “mapas-relato”.

En este contexto, el mapa no solo describiría sino que además, al ser aceptado y reproducido en determinados ámbitos, generaría un determinado orden urbano, representando las luchas de poder, expresando identidad y estableciendo diferencias socioespaciales. A partir de estas ideas, analizar también la cartografía

implicaría adentrarse en una descripción gráfica que a su vez encierra un relato subjetivo e intencionado.

La ciudad no es presentada como objeto natural sino como construcción social y como producto cultural que, como tal, genera enunciados. Y la ciudad es también el campo de disputa de diversos enunciados que expresan las diferencias entre los diversos colectivos sociales que los emiten. Y tal diferenciación pone en evidencia las articulaciones propias del mercado en estrecha relación con las oportunidades y condiciones favorables que le brinda la ciudad.

Así, observamos cómo un enunciado se caracteriza por ser conclusivo, delimitado y diferenciado; y además, cómo su existencia sostiene las condiciones necesarias de reproducción. La respuesta que ofrece tal enunciado termina siendo en sí misma otro enunciado que debemos develar. Y este es uno de los principales desafíos que presenta esta investigación.

En consecuencia, en la ciudad encontramos diferentes formas de organización de sus elementos y funciones, y podemos asociarlas a varios discursos: el discurso del *orden*, dado por el Estado a espacios y actividades; el discurso del *poder*, dado por las relaciones de fuerza instaladas; el discurso de la *diferenciación*, dado por su propia cualidad urbana. Existe entonces una suerte de discurso urbano, legitimado socialmente, en el que la ciudad “nos habla” para expresar *orden, poder y diferenciación*.

Parte I

La ciudad

Inversiones, reproducción social y orden territorial

Juan Donato Lombardo

Lo que está en crisis no es solo la ciudad, sino la reproducción de la vida misma que se realiza en el marco del capitalismo. Pero ¿qué tienen que ver el capitalismo y la reproducción de la vida con la ciudad?

I. Introducción

Las relaciones socioeconómicas actuales configuran un sistema específico para dar lugar a la construcción de la ciudad, determinado por diversos factores. El rol que allí juegan la reproducción de la vida, el orden urbano, las inversiones y los mecanismos que los actores conforman al estructurar el espacio urbano constituyen elementos esenciales para caracterizar la dinámica de la ciudad y la forma en la cual la definimos.

La ciudad es entonces una construcción social realizada por el conjunto de actores sociales de un lugar geográfico específico¹, en el marco de las relaciones de reproducción que ellos mismos configuran (Lombardo, 2012). Nos preguntamos entonces cuál es el rol que la reproducción de la vida juega allí y de qué modo accionan las inversiones en la construcción de la ciudad. Y las respuestas comenzarán a ofrecerse, para el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)², desde 1990 hasta la actualidad.

¹ Los actores sociales son todos aquellos habitantes de un determinado lugar de referencia, en la medida en que participen desde sus distintas posiciones en los procesos de reproducción de la vida que allí desarrollan.

² Con Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) nos referimos al territorio compuesto por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y los partidos de Almirante Brown, Avellaneda, Berazategui,

La construcción de la ciudad es parte de la conformación del territorio (ciudad, campo, periurbano, etc.) en el que los actores sociales estructuran un lugar geográfico al reproducir su vida. En ese marco conforman un sistema complejo de relaciones que se espacializa y que estructura el espacio y sus distintas funciones, sustentadas y direccionadas por las relaciones que esos mismos actores establecen.

Los mecanismos que allí se configuran sostienen las inversiones de capital (en cualquiera de sus formas) y su reproducción. El Estado es parte de esos mecanismos y del sostén de esas relaciones (a través de políticas, legislaciones, exenciones impositivas, etc.). A partir de esta primera conceptualización, nos proponemos analizar de qué manera estos factores intervienen en la construcción de la ciudad.

En la actualidad, la ciudad tiende a dificultar fuertemente el desarrollo de la vida más que a facilitarla, dado que el cúmulo de problemas que accionan altera recurrentemente la relación de equilibrio para la reproducción de la vida dentro de cierto orden sostenido por el Estado.

Algunos de esos problemas crecientes son: la congestión vehicular derivada de la circulación de personas, bienes y productos; las enormes diferencias sociales, económicas y culturales entre sus habitantes; la desocupación; la contaminación ambiental; la violencia; la delincuencia; el aislamiento; la exclusión; la toma de decisiones de inversión en la ciudad influida por intereses privados, etc.

II. Acerca de la cuestión urbana reciente

¿Cómo entender la ciudad, entonces, cuando el Estado a través de sus acciones no consigue garantizar un funcionamiento adecuado de ella en relación con las necesidades diversas de sus habitantes? Vamos a intentar comprender la cuestión de la ciudad en el contexto de los procesos que la generaron. Considerando una perspectiva constructivista (García, 2000), emergen una serie de interrogantes que permitirán avanzar en la caracterización del sistema al que la ciudad actual y sus problemas pertenecen:

- ¿Cuáles son algunas de las cuestiones problemáticas principales que se presentan actualmente en la ciudad?
- ¿Por qué ocurren esos problemas y por qué son considerados en forma aislada?

Esteban Echeverría, Ezeiza, Florencio Varela, General San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, José C. Paz, La Matanza, Lanús, Lomas de Zamora, Malvinas Argentinas, Merlo, Moreno, Morón, Quilmes, San Fernando, San Isidro, San Miguel, Tigre, Tres de Febrero y Vicente López.

- ¿Están asociadas esas cuestiones y la construcción de la ciudad al contexto socioeconómico en que ocurren?
- ¿Cuál es entonces el contexto en el que se inserta la ciudad y cuáles son sus constructores reales?

Entendemos que un primer paso debe comenzar a dirigirnos hacia una reproducción de la vida por encima de la reproducción del capital, donde la ciudad se encuentre socialmente sustentada en esos principios. Para ello se requiere de un urbanismo inserto en la vida social. Con lo cual, en un proceso de aproximaciones sucesivas entre el todo y las partes, trataremos de caracterizar su construcción, sus mecanismos, sus actores y el punto de observación de sus constructores. Algunas de las principales cuestiones que aparecen en la ciudad estructurada son las siguientes:

1. El crecimiento urbano

La ciudad aparece conformada por “manchas”. A diferencia de otras perspectivas³, vemos a la ciudad estructurada en manchas de diferentes tamaños yuxtapuestas en el espacio geográfico (Lombardo, 2012). Se trata de manchas o lugares donde se agrupan actores con características socioeconómicas diversas⁴, cuya agrupación va conformando la ciudad en su totalidad.

Este tipo de crecimiento no es nuevo: tradicionalmente esas manchas aparecían disimuladas en la expansión reticular en el contexto de diferentes procesos socioeconómicos. Esta es la ciudad que tiene como base de su construcción a la reproducción de las inversiones privadas, sostenidas por el Estado y que los propietarios del suelo, las empresas constructoras y los sectores financieros e inmobiliarios, como ejecutores directos, se encargan de conformar en distintos períodos.

El punto en cuestión es la emergencia de una ciudad en la cual la construcción de los lugares donde se desarrolla la vida fue armándose alrededor de las oportunidades de mercado (manchas) que se les presentaban a los inversores, sectores inmobiliarios, propietarios del suelo, etc., lo cual significa que la dis-

³ Al respecto, ver: Burgess, W. *et. ál.* (1984); Schteingart, M. *et. ál.* (1973); Hall, P. (1996); Vapñarsky, C. (2000); Sassen, S. (2001); Torres, H. (2006); Scharfenort, N. (2009); Schteingart, M. (2011) y Abba, A. (2011).

⁴ Se utilizaron unidades estadísticas de análisis pequeñas (radios censales). Para la caracterización se consideraron las siguientes variables: vivienda, hacinamiento, condiciones sanitarias de la vivienda (disponibilidad de agua potable, eliminación de excretas), acceso a educación y capacidad económica del hogar.

los “representantes” de los habitantes, quienes sostienen operativamente en el territorio las relaciones de capital.

3. La organización del espacio

La estructuración y la organización de las relaciones sociales en el espacio geográfico va conformando un marco de acción para que los inversores generen nuevos lugares para el desarrollo de la vida (manchas, edificios, urbanizaciones, espacios, etc.) de acuerdo a las oportunidades de mercado que se presenten. Estos lugares aparecen muchas veces desarticulados entre sí, de modo que resultan funcionalmente desorganizados, y es el Estado quien –con sus medios e instrumentos– articula y conecta esas manchas y lugares.

De estas acciones resulta una organización de los elementos en el espacio que presenta problemas para el desenvolvimiento de las relaciones de la vida pero que favorece las relaciones de reproducción del capital. En concreto, el orden de los elementos en el espacio responde a un marco estructurado principalmente por las relaciones de capital y del mercado inmobiliario.

4. La gestión y la representatividad

La gestión de la ciudad y el manejo de las acciones para su construcción y desarrollo resultan indispensables para el establecimiento de las interrelaciones en el espacio geográfico de referencia. En este sistema los representantes de los habitantes controlan las operaciones de la ciudad.

En este sentido hay que señalar que las prácticas de los decisores, los “representantes” de los habitantes, están asociadas concretamente al Estado como articulador de un modo de actuación que sostiene a la reproducción del capital como organizadora y estructuradora de la vida en la ciudad.

5. El espacio público

El espacio público constituye uno de los componentes principales de la ciudad para el desarrollo de la vida, porque contiene los lugares donde se concretan los contactos cara a cara entre actores, donde se produce la discusión,

la transmisión de experiencias, donde se expresan los actores colectivamente, donde se gestan transformaciones y donde también se circula.

Su uso implica una contradicción que deriva de su carácter múltiple: por una parte, por su función en la reproducción de las inversiones; y por otra, por su función como ámbito donde se realiza el intercambio social, la protesta, el cuestionamiento (Bertoni, 2010). Se trata de un espacio que se reconfigura en el marco de las tensiones establecidas entre valor de uso y valor de cambio.

6. El suelo urbano

El suelo juega un rol importante en el proceso de construcción de la ciudad debido a la propiedad privada del mismo y a la obtención de la renta emergente. Es una parte del mecanismo que gira alrededor de la obtención del beneficio por parte del capital privado en la organización de la ciudad y en el acceso de los actores a los distintos lugares generados por las inversiones para el desarrollo de la vida. La organización del territorio y la distribución de los actores en él están atadas fuertemente a la obtención de la renta (Jaramillo, 1983; Topalov, 1984).

7. La separación entre sujeto y objeto

¿Por qué se atiende en las operaciones urbanas a los objetos urbanos y a sus relaciones (edificios, manchas, espacios, etc.) en lugar de a los sujetos (actores sociales)? Los lugares —o manchas— donde la vida se desarrolla en la ciudad surgen en puntos del territorio donde las oportunidades de mercado lo permiten. La acción de las relaciones de capital en el mercado va construyendo de ese modo, alrededor de la lógica de su propio beneficio, los espacios en que la vida se realiza.

No obstante, las deficiencias que muestran nuestras ciudades señalan deficiencias en la articulación entre esos espacios (manchas). El Estado es quien asume el papel de articular estas diversas manchas (con infraestructuras, equipamientos, etc.), y su planificación (planes y proyectos) está dirigida a ordenar objetos (urbanos) pero no a sujetos.

El control del crecimiento de la ciudad es ejercido y sostenido por el Estado, representante de los actores, que, a pesar de ser los verdaderos constructores sociales de la ciudad, son reducidos a “usuarios” para sostener el sistema que configura la ciudad. En ese contexto se separa al objeto del sujeto, cuando, en rigor, debieran articularse tomando como centro al sujeto y generando aquellos lugares que la sociedad necesita.

8. La distribución de objetos urbanos

Los espacios o manchas conformados por la acción de las inversiones y del Estado cuentan con distintos equipamientos e infraestructuras. De modo que las condiciones de acceso y de articulación entre objetos y actores resultan diferenciadas. Los caminos ofrecidos para el acceso a esos espacios se realizan tanto por los circuitos formales del sistema (pago de la renta) como por los informales (ocupaciones de tierras, villas, etc.).

¿Son estos modos de distribución de los objetos urbanos y de los lugares propuestos por el capital para el desarrollo de la vida adecuados a su reproducción? Paradójicamente, son los propios actores quienes con su trabajo, contribuciones y pagos construyen socialmente el territorio y sostienen los mecanismos constituidos.

9. Las desigualdades sociales

Las diferencias que presentan las manchas urbanas entre sí se constituyen concretamente por la existencia, ausencia y/o distribución desigual de infraestructuras y equipamientos en esos espacios. Esto genera lugares con diferentes rentas del suelo y mecanismos de apropiación por parte de sectores inversores e inmobiliarios.

En ese marco se fueron configurando situaciones en el territorio donde se constituyeron lugares diferenciales mediante manchas de exclusión. Es decir, se fue conformando una territorialidad de la diferenciación, de la desigualdad, con manchas diversas –la “villa”, el barrio cerrado, la ciudad pueblo, etc.– (Vidarte Asorey, 2009) que promueven una exclusión física y social.

10. Las cuestiones ambientales

Existen varias cuestiones ambientales problemáticas que demandan soluciones. Las recurrentes inundaciones, por ejemplo, impactan fuertemente sobre una ciudad que se encuentra asentada sobre tres grandes cuencas cuya gestión urbana destruye los espacios construidos en el proceso de reproducción de la vida (Sadañowski, 2003).

También impactan la alteración de las curvas naturales del terreno como consecuencia de actividades antrópicas (Di Pace, 2007); la contaminación de aguas superficiales y profundas debido a la deficiente cobertura de la red de desagües cloacales; la disposición de los residuos sólidos domiciliarios de los que solo una parte se depositan en los rellenos sanitarios; el tratamiento de residuos industriales que, en general, son descargados sin procesar en aguas superficiales o profundas.

III. El marco de los estudios urbanos actuales

La construcción de la ciudad se desarrolla en el marco de la reproducción del capital en un lugar geográfico y en el contexto de procesos socioeconómicos generales donde predomina el capital financiero. Allí se desarrollan las acciones de la vida y se distribuyen los actores sociales, organizados alrededor de la reproducción del capital en sus distintos tipos (renta, beneficios comerciales, etc.). Asociado a esto, los propios actores eligen a “sus representantes” para la administración y la gestión de la ciudad.

En el marco de ese proceso los actores van construyendo en el territorio de referencia la economía, la sociedad, la cultura, las relaciones políticas, el espacio urbano. Es decir, la reproducción de la vida es el centro de un sistema que los actores conforman, y uno de sus puntos salientes es la construcción del espacio urbano.

Uno de los aspectos importantes en ese sistema son las actividades que los actores generan diariamente para reproducirse en los distintos campos donde desarrollan su acción. Por medio de esas actividades entran en relación, lo cual implica la estructuración de mecanismos o circuitos entre grupos que se van organizando alrededor de procesos concretos de reproducción social en el territorio que se analiza (la venta de suelo, la recolección de cartones, las actividades financieras, comerciales, etc.).

En este sentido, las relaciones que los actores concretos establecen por medio de las actividades que realizan para reproducir sus vidas en distintos lugares del territorio resultan relevantes para el proceso de construcción del espacio. Y lo son porque implican no solo la realización, distribución y organización de esas actividades sino también la localización de los actores que las ejecutan en el espacio. Al mismo tiempo en que los actores entablan esas relaciones van conformando las reglas de juego de cada una de las actividades y sus articulaciones mutuas.

Ahora bien, las reglas de juego que los propios actores fueron creando en su accionar al realizar las actividades se van institucionalizando en el marco del modo de regulación de la sociedad en cuestión (Boyer *et al.*, 1996) o, caso contrario, se desenvuelven como no institucionalizadas en los intersticios de la formación social.

Las relaciones y los acuerdos que los actores establecen entre sí (en las actividades primarias, de producción, de servicios, religiosas, culturales, etc.) se van institucionalizando a través de distintas mediaciones y se transforman en códigos, normas y reglamentos que regulan las actividades de referencia.

Estos acuerdos norman y ordenan la espacialización de las actividades de reproducción en el territorio. Es allí donde se compendia el orden operativo de

esas actividades, la organización del trabajo y el tiempo social. En este complejo proceso los actores, las relaciones y las actividades actúan retroalimentándose y generando un marco en constante transformación que regula el sistema complejo que se estructura (Sullivan, 2005). Este sistema está a su vez influido por los procesos generales (llamados de reestructuración global) de relaciones internas y externas entre agentes sociales.

Ahora bien, las relaciones y acuerdos que los actores establecen en el proceso de reproducción de sus vidas se espacializan. Esta espacialización tiene lugar por la mediación de actores que intervienen en ese proceso con el fin de reproducirse (como actividad de la cual viven) y que son parte de las redes de reproducción que se conforman (empresas, banca, inversores, habitantes, municipio, inmobiliarias, etc.).

En ese proceso los actores se conectan entre sí: las relaciones predominantes en cada municipio, las inversiones, la propiedad del suelo, las actividades concretas de los actores, la normativa, las leyes y los reglamentos, las políticas públicas, el espacio geográfico y la lógica del sistema.

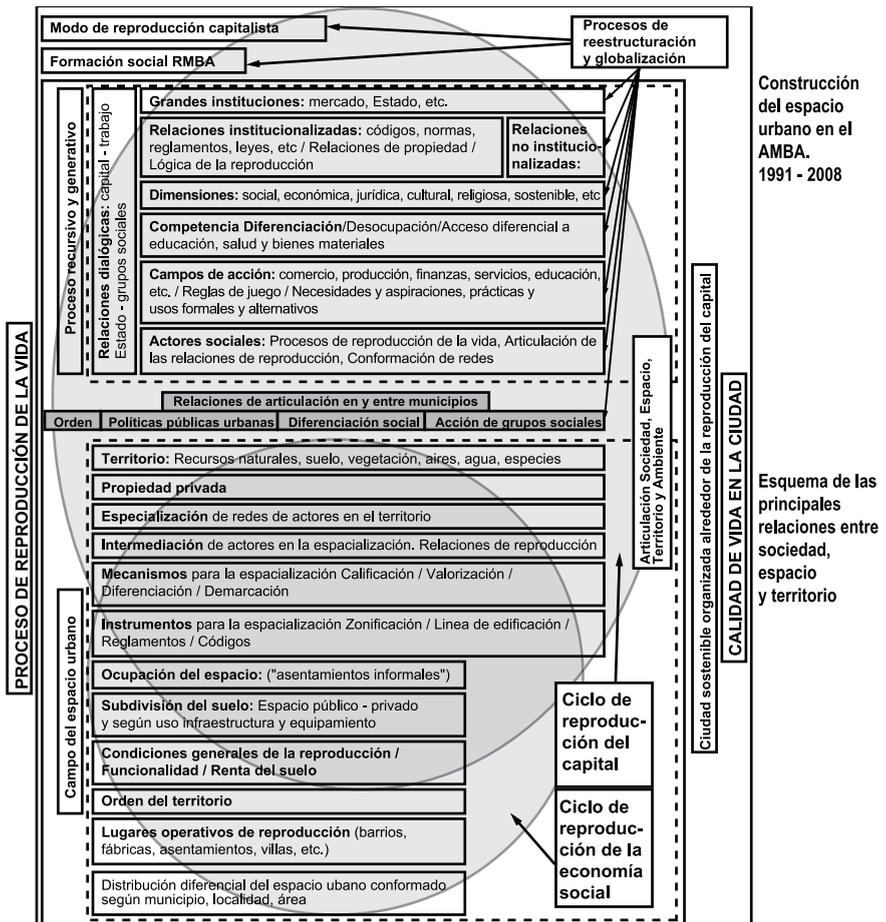
La espacialización, entonces, se concreta principalmente a través de cuatro mecanismos: la calificación del espacio, el aumento de precio del suelo, la diferenciación socioespacial y la demarcación simbólica del espacio construido (construcción de significados). Y se realiza con instrumentos normativos, administrativos y financieros relativamente simples, como el plan urbano, la gestión, el plano de zonificación, la normativa de construcción, etc.

En ese contexto comienzan a aparecer en el territorio los lugares operativos concretos donde la reproducción se realiza y los actores se distribuyen (los barrios, las fábricas, los asentamientos, los comercios, los espacios vacíos, etc.), así como también las divisiones entre funciones, las infraestructuras, los equipamientos, la cooperación entre esas funciones, los espacios diferenciales. Es decir, empiezan a conformarse las condiciones generales que permiten una organización óptima para la reproducción de las inversiones en el marco de las relaciones constituidas (Topalov, 1979).

En otros términos, la acción de los distintos actores en el mercado y del Estado en la construcción de la ciudad posibilita la conformación de lugares, de manchas; van estructurando “corredores” y “centralidades”, barrios de viviendas de sectores medios, hipermercados, centros de servicios, etc., con medios de transporte que “conectan” a las distintas manchas. Hablamos entonces de un orden en el territorio y de una organización de los objetos urbanos conformados por las relaciones de capital en el mercado a partir de la cual se distribuyen los actores y sus tiempos sociales.

Los “representantes” de los actores (de los reales constructores del espacio) sostienen el sistema constituido -el orden social, el orden económico y el orden político y cultural, al que pertenece la organización de la ciudad. Pero este sistema no es estático- sino que sus componentes son dinámicos en la medida en que las condiciones del contorno varíen (García, 2000). Tal dinámica es producto de las transformaciones que se producen en los procesos de reproducción de los actores sociales, tal como se observa en la Figura 3.

Figura 3: Esquema del sistema complejo urbano conformado



Fuente: Lombardo, Juan *et al.*, 2012.

Este hecho demuestra la organización de un sistema complejo como la ciudad, cuyos componentes se retroalimentan, articulan e interdefinen, y donde el proceso de reproducción de la vida aparece asociado a la reproducción del capital en un lugar geográfico. Las deficiencias de conexión entre esos lugares son tomadas a su cargo por el Estado (políticas públicas, acciones directas, infraestructuras, etc.) para sostener el funcionamiento de la ciudad. La articulación de las distintas manchas y lugares no es lo suficientemente eficiente como para resolver las deficiencias urbanas que llegan a entorpecer fuertemente el desarrollo de la vida.

En ese marco, los actores eligen tanto el lugar donde realizan su reproducción como a los administradores de la ciudad, quienes, “en representación” de estos, sostienen a través de acciones, planes, proyectos y políticas las relaciones constituidas en el territorio conformado. Se trata de una estrategia sustentada en la *urbanística política*, en la que diversas redes y mecanismos de actores configuran métodos y técnicas para organizar los elementos urbanos, articular las manchas y formular los planes y proyectos con que se va conformando el espacio geográfico.

Las bases epistemológicas de esa *urbanística política* forman parte de un marco sociocultural asociado a relaciones de poder, a la formación de técnicos y a la transmisión de conocimiento adecuado a ese modo de operar la ciudad (Bourdieu, 1995). Desde ese contexto se realizan estudios, se proponen soluciones tendientes a mejorar las articulaciones entre las partes urbanas y se trabajan los problemas (transporte, pobreza urbana, vivienda, asentamientos informales, etc.) por la acción del capital para adecuarlos al desarrollo de la vida. Sin embargo, estos esfuerzos no han contribuido a mejorar el funcionamiento de las ciudades, sino que sus problemas se han magnificado.

IV. El sistema complejo urbano conformado

Entre las cuestiones urbanas pendientes de solución existen temas que son de tratamiento recurrente, como el mercado del suelo, la cuestión de la vivienda, el hábitat urbano, la planificación urbana, la circulación y el tránsito, la contaminación del ambiente, etc. A estos temas se debería sumar el espacio público por los cambios que, a través de la acción, proponen diversos sectores sociales (manifestaciones, acampes, etc.).

En ese sentido se presentan algunas preguntas: ¿son nuevos estos temas o surgieron con la ciudad de la primera Revolución Industrial? (Engels, 1974; Hall, 1996). Si este último fuera el caso, ¿por qué se vuelven a repetir estas cuestiones a lo largo del tiempo?; ¿han aportado soluciones concretas los estudios

sobre esos temas?; ¿qué se toma como sujeto en esos estudios?; ¿han trascendido esos análisis el propio campo disciplinar?

Los estudios sobre la ciudad apuntan a solucionar aquellas deficiencias que se presentan para que en el conjunto funcione la reproducción de la vida. Aceptar ese punto de vista implica reconocer una concepción de las relaciones sociales donde la reproducción de la vida es dependiente de la reproducción del capital. En ese marco, los actores sociales importan en la medida en que sean productores de trabajo y de plusvalor, en que sean consumidores y sostenedores con sus tributos de las inversiones a realizar.

La discusión de la separación entre objeto y sujeto no es nueva ni se remite solo a Buenos Aires, sino que es parte de un escenario más amplio. En su libro, Marcuse (2010; 1971) se refiere al desarrollo histórico de la relación entre transformaciones sociales, razón y libertad tomando la cuestión de la dialéctica hegeliana y la marxista. Aborda allí dos cuestiones centrales: la referida relación sujeto-objeto y el positivismo.

Respecto al primero, sostiene:

“Hegel describió la forma histórica del conflicto como alienación (*Entfremdung*) del espíritu, dando a entender que el mundo de los objetos, originalmente producto del trabajo y del conocimiento del hombre, se hace independiente de él y llega a ser gobernado por fuerzas y leyes incontroladas en las que el hombre ya no se reconoce. Al mismo tiempo, el pensamiento se hace ajeno a la realidad y la verdad se convierte en un ideal impotente preservado en el pensamiento, mientras que el mundo real queda tranquilamente fuera del alcance de su influencia. A menos que el hombre logre reunir las distintas partes de su mundo y poner a la naturaleza y a la sociedad al alcance de su razón, estará siempre condenado a la frustración” (Marcuse, H. (2010) [1971]: 27-28).

La relación de concepción de la ciudad y su sustento muestra, asimismo, una visión “positiva” de la situación del actor en el proceso de reproducción del capital. Marcuse demuestra con claridad el núcleo conceptual del pensamiento positivo al desarrollarlo desde sus comienzos en una relación histórica entre razón dialéctica, concepción social y libertad.

En esa dirección señala que, en contraste con las proposiciones de la filosofía negativa (refiriéndose a la razón dialéctica de Hegel) o de acción de la razón en la sociedad para su concepción y transformación, surge un pensamiento “positivo” que intenta eliminar la concepción de la realidad y su transformación asociada a la razón trascendental.

En ese sentido, el pensamiento positivo se muestra como una concepción que trata de reconciliar el mundo de las ideas de su época con la sociedad industrial, y considera a los fenómenos del mundo como objetos neutrales, que forman parte de un orden establecido por leyes universalmente válidas. Entonces, el conocimiento y el contexto social aparecen ordenados dentro de un sistema de progreso armonioso que sigue un curso inexorable y que forma parte de la maquinaria de un orden establecido que avanza regularmente hacia un estadio superior, sin tener que ser alterado.

Este orden no rechaza la necesidad de corrección ni su mejoramiento, pero excluye todo lo que tienda a derrocarlo o a negarlo:

“El orden es la condición fundamental del progreso, y en última instancia todo progreso tiende a consolidar el orden [...]. Eso se logra mostrando que el progreso en sí es orden, no revolución, sino evolución” (Marcuse, 2010 [1971]: 348).

Ahora bien, en la ciudad se presentan problemas cada vez más agudos para sus habitantes. Las razones de la existencia de estos problemas son muchas, pero la falta de una visión amplia que tenga al hombre como centro de la reproducción del capital y no su propia vida es esencial. Es necesario entonces superar esa situación no resuelta desde la creación de la ciudad moderna. En la dirección señalada hay una vasta discusión casi olvidada (Hall, 1996; Fehl *et ál.*, 1983 y 1985; Rodríguez Lores *et ál.*, 1980).

La instalación de formas de conocimiento sobre la ciudad que comiencen a asumir visiones complejas e intenten develar los problemas actuales puede significar el comienzo de un camino. No se trata de avanzar sobre el futuro de la ciudad sino ir generando conocimiento que sea útil para una construcción del espacio que acompañe al proceso de reproducción de la vida en el sentido aquí señalado. Se trata de aportar a la discusión sobre la construcción de una *città futura*⁵. En consecuencia:

- El sujeto es el centro del análisis de la ciudad, es decir, el hombre y las relaciones de reproducción de su propia vida (Marcuse, 2010 [1971]; Marx, 1994; Lefebvre, 1969; Bello Reguera, 1975-1976).
- El análisis de un territorio asociado a un sistema epistemológico genera un soporte cognoscitivo capaz de explicar la construcción de la ciudad, los procesos que la sustentan, sus interrelaciones mutuas y su temporalidad.

⁵ Al respecto, ver: Gramsci, A. (1917) *La città futura*, Italia.

- La construcción de la ciudad debe pasar a ser el sustento teórico-práctico de una urbanística política, asociada a la reproducción de la vida cuyo centro sea el hombre y el desarrollo de su propia vida.

Queremos proponer aquí, tomando estos ejes, algunas ideas desde las cuales se pueda construir un punto de observación para realizar una lectura de la ciudad. La acción de esa urbanística política implica el avance sobre sistemas y mecanismos sobre los que se asienta el poder económico y de decisión en la construcción de la ciudad. Este planteo es indispensable porque:

- La situación en la ciudad actual ha alcanzado un nivel de conflicto tal con sus habitantes que estos, sus verdaderos dueños, sus constructores y sostenedores de la construcción social, ven cómo sus propios recursos sirven para construir una plataforma donde el capital se reproduce en simultáneo al incremento de sus problemas cotidianos (tránsito, transporte, salud, educación, etc.).
- Los análisis tradicionales sobre la ciudad no han aportado aún elementos efectivos para solucionar los problemas urbanos cada vez más agudos. Esos estudios, si bien observan a la ciudad y sus relaciones contextuales, lo hacen tomando como centro las inversiones y su reproducción, subordinando a ellas la reproducción de la vida.
- Es necesaria una aproximación a la ciudad y su construcción desde un punto de vista que ponga en evidencia las relaciones de capital y sus mecanismos en la estructuración del territorio, y que, a su vez, sea útil para transformarlas. Para ello, debemos develar los mecanismos que han construido el espacio y que están asociados a relaciones unidireccionales sustentadas en la reproducción del capital.

En la siguiente imagen observamos, sobre un sector de la periferia del municipio de José C. Paz, las tensiones establecidas entre las relaciones de capital y sus mecanismos en la estructuración del territorio.



Fuente: Lombardo, Juan *et. ál.*, 2012.

V. La reproducción social en el territorio

El camino propuesto no ha sido explorado, solo esbozado por algunos autores (Lefebvre, 1969) y en algunas propuestas sociales; por ende, debe realizarse por aproximaciones sucesivas y en forma experimental. Los trabajos referidos a este tema pueden parecer asociados a cuestiones “del pasado” (el más reciente data de 1999) y a cuestiones sociopolíticas “superadas”, articuladas a la construcción del socialismo (Fukuyama, 1992).

El concepto al que nos referimos, ¿es realmente “desechable” desde el punto de vista cognoscitivo, o será que ha sido abandonado sin haber explorado sus ventajas? Nuestra intención es recuperar el concepto de reproducción social y asociarlo al análisis conjunto de la construcción de la ciudad y de su sustentabilidad. En su evolución este concepto ha sido abordado por diferentes autores⁶, quienes coinciden en plantear los siguientes ejes principales:

⁶ Al respecto, ver: Marx, K. (Tomo I), 1994; Margulis, M., 1986; Bourdieu, P. *et ál.*, 1995; Coraggio, J., 1999; Passeron, J., 1983; Harvey, D., 2007; Castells, M., 1974; Topalov, Ch., 1979; Lefebvre, H., 1969; Carlos, A., 2009; López Rangel, R., 2007; López Rangel, R., 2008.

- El tema es situado dentro del área de la economía aun cuando se asocia al proceso de construcción de la ciudad.
- Su tratamiento no se realiza como cuestión aislada sino asociada contextualmente a la organización social.
- Su eje principal asocia relaciones de clase, de poder, de cultura, de apropiación del excedente y de organización del espacio.
- La construcción del espacio resulta dicotómica, entre un espacio asociado a las relaciones de producción y otro referido a la reproducción de la vida.

Entonces, ¿cómo se especifica el concepto de reproducción social de la vida desde el cual proponemos una aproximación a este sistema complejo? La ciudad no es un reflejo de lo social en el territorio sino una ingeniería espacial, que es parte de un sistema que los actores conforman. En ese contexto, los actores van construyendo las relaciones y los mecanismos que sustentan la sociedad, la cultura, la economía y el espacio en el que viven.

En este sentido intentamos apartarnos de análisis puramente economicistas, aislados. Proponemos un punto de vista que acepte la complejidad de la vida en un territorio, no separándola en pedazos. Entendemos que la vida y los conflictos ocurren en todo el territorio y no se limitan a lugares predeterminados, considerando las contradicciones fundamentales en su construcción: el orden y la organización territorial; la relación capital-trabajo; la división espacio público-espacio privado; la diferenciación socioespacial; la apropiación diferencial del espacio construido socialmente; la dicotomía libertad-explotación, etc.

Finalmente, entendemos como reproducción social de la vida en un territorio a los diversos campos en que accionan en una sociedad las actividades, las acciones y las prácticas, generando herramientas que articulan necesidades, deseos y carencias individuales y colectivas con el fin de construir las condiciones materiales y no materiales.

El resultado es una construcción socioespacial que genera mecanismos para perpetuar las estructuras del sistema en el tiempo. El concepto de reproducción de la vida es estructurador y estructurante de los procesos que en su marco se desarrollan. El hombre, como centro y creador activo de su propia realidad, genera las condiciones sociales que le permiten conformar un camino para desarrollar su vida y crecer en libertad. Ese marco incluye la conformación del espacio (Marcuse, 2010 [1971]; Marx, 1994; Lefebvre, 1969; Bello Reguera, 1975-1976). En consecuencia, debemos entender a la ciudad como parte de una urbanística política, como construcción social que

instala en su centro al hombre como sujeto construyendo su vida por sobre las relaciones de capital.

Referencias bibliográficas

- Abba, Artemio (2011), “Metrópolis argentinas. Agenda política, institucionalidad y gestión de las aglomeraciones”. Jornadas regionales de información geográfica. Santa Cruz: Secretaría General de Gobernación.
- Alessandri Carlos, Ana Fani (2009), “De la ‘geografía de la acumulación’ a la ‘geografía de la reproducción’: un dialogo con Harvey”; en *Actas del X coloquio internacional de Geocrítica*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Badía, Gustavo *et ál.* (2007), *La Región Metropolitana de Buenos Aires como sistema político*. Buenos Aires: UNGS.
- Bello Reguera, Eduardo (1975), “Una aproximación al concepto de libertad en Marx”; en *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, N.º 34; pp. 285-297. España.
- Bertoni, Eduardo (comp.) (2010), *¿Es legítima la criminalización de la protesta social?* Buenos Aires: Universidad de Palermo.
- Bourdieu, Pierre *et ál.* (1995), *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Laia.
- Boyer, Robert *et ál.* (1996), *Teoría de la regulación, estado de los conocimientos*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC.
- Burgess, Ernest; Park, Robert y Mc Kenzie, Roderic (1984), *The City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Castells, Manuel (1974), *La cuestión urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Pace, María (2007), *Situación ambiental y sustentabilidad en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- Engels, Friedrich (1974), *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*. Berlín: Dietz Verlag.
- Fehl, Gerhard *et ál.* (1983), *Stadterweiterungen 1800-1875*. Hamburgo: Christians Verlag.

- Fehl, Gerhard *et ál.* (1985), *Städtebaureform 1865-1900*. Hamburgo: Christians Verlag.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires: Planeta.
- García, Rolando (2000), *El conocimiento en construcción*. Barcelona: Gedisa.
- Gramsci, Antonio (1917), *La città futura*. Italia.
- Hall, Peter (1996), *Ciudades del mañana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Harvey, David (2007), “La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana”; en *Espacios del capital*. Madrid: Alkal.
- INDEC (2010), *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas*. Buenos Aires.
- Jaramillo, Samuel (1983), “Los precios del suelo urbano y la naturaleza de sus componentes”. Ponencia presentada en el XVI Congreso de la SIAP. Morelia, México.
- Lefebvre, Henri (1969), *El derecho a la ciudad*. París: Anthropos.
- Lombardo, Juan (1985), *Die Stadtentwicklung von Buenos Aires 1947-1960*. Köln: Kohlhammer.
- Lombardo, Juan (2012), *La construcción del espacio urbano*. Buenos Aires: Ciccus.
- López Rangel, Rafael (2007), “Las actuales transformaciones de los paradigmas urbanos. Una obligada reflexión epistemológica”; en Lombardo, Juan (2007), *Paradigmas urbanos*. Buenos Aires: UNGS.
- Marcuse, Herbert (1971), *Razón y revolución*. Madrid: Alianza editorial.
- Margulis, Mario (1986), “Cultura y reproducción social en México”. III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica. Mimeo.
- Marx, Karl (1994), *El Capital*, Tomo I, p. 476. México: Fondo de Cultura Económica.
- Novik, Alicia (2000), “Planes versus proyectos. Algunos problemas constitutivos del urbanismo moderno. Buenos Aires (1910-1936)”; en *Revista de Urbanismo*, N.º 3. Chile.
- Osmont, Annit (2003), “Ciudad y economía. La ciudad eficiente”; en Balbo, Marcelo *et ál.* (2003), *La ciudad inclusiva*. Santiago de Chile: Cuadernos de la CEPAL 88.

- Passeron, Jean-Claude (1983), “La teoría de la reproducción social como una teoría del cambio”; en *Estudios Sociológicos* I. Buenos Aires.
- Rodríguez Lores, Juan (1980), “Die Grundfrage der Grundrente”; en *Sradtbauwelt* 65. Berlín: März.
- Sadañiowski, Ivana (2003), *El problema de las inundaciones en la cuenca del río Reconquista: la represa ingeniero Carlos F. Roggero y las funciones ecológicas*. Buenos Aires: UNGS.
- Sassen, Saskia (2001), *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba.
- Scharfenort, Nadine (2009), *Urbane visions am Arabischen Golf*. Alemania: Campus Verlag.
- Schteingart, Martha y Torres, Horacio (1973), “Estructura interna y centralidad en metrópolis latinoamericanas”; en Castells, Manuel (ed.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo Gilli.
- Schteingart, Martha (2011), “La división social del espacio en las ciudades”; en *Revista Herramienta*, N.º 48, Dossier sobre la cuestión urbana. México.
- Sullivan, Patricia (2005), “La complejidad del conocimiento y el problema de la educación en el siglo XXI”; en *Contexto Educativo*, N.º 35; Año v. Buenos Aires.
- Topalov, Christian (1979), *La urbanización capitalista*. México: Edicol.
- Vapñarsky, César (2000), *La Aglomeración Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vidarte Asorey, Verónica (2009), “Del conventillo al gueto, crónica de la transformación comunicacional en la relación hábitat/cultura de las clases populares”; en I Jornadas Regionales de Actualización en Comunicación. Salta.

Parte II

La periferia

Representaciones simbólicas y construcciones discursivas

Guillermo Tella
Jorge Amado

En las periferias, el proceso de cambio genera nuevas relaciones entre espacio, poder e identidad. Mediante símbolos y elementos materiales se tiende a ordenar y a reconfigurar el territorio, la población, las inversiones.

I. Introducción

La ciudad se ha destacado a través del tiempo por construirse y constituirse a partir de constantes cambios en su estructura física y en su organización social. Estos cambios pueden sucederse de manera lenta y escalonada o bien abruptamente, generando rupturas en las configuraciones urbanas y en las estructuras sociales establecidas. En esos procesos de evolución, el territorio se va subdividiendo y la ocupación urbana se expande, ganando terreno hacia las periferias de los núcleos urbanos tradicionales en un proceso constante de suburbanización –y posterior densificación– que, generalmente, ocurre de manera más gradual y progresiva.

El modo en que se produce esta suburbanización, con sus causas y consecuencias, depende de una serie de variables históricas, políticas, económicas, sociales y geográficas específicas. Por esto, analizar cómo se ha ido construyendo la ciudad en relación con la expansión periférica de la urbanización, qué características diferenciales ha adquirido y por qué, resulta ser una cuestión de

relevancia para intentar identificar y comprender las problemáticas que acucian a la ciudad en la actualidad, vislumbrar posibles tendencias futuras y proponer alternativas de transformación.

Muchos son los autores que han abordado esta temática, describiendo, caracterizando, mapeando e identificando las pautas de crecimiento y las problemáticas de la expansión suburbana (Bozzano, 2009; Buzai, 2012; Lombardo, 2008; Tella, 2001; Torres, 1978; Vapñarsky, 1999; entre otros). En esas caracterizaciones también se establecen discursos, se consagran diferencias y se instituyen categorías aplicadas a personas y lugares que van mutando de acuerdo al tiempo, al territorio estudiado y al sesgo de cada autor. Así, consideramos central un recorrido analítico por los distintos discursos que se encargaron de construir la idea de *periferia* y –sobre todo– de diferenciarla de la idea de *centro*, generando un par dicotómico que retrata mundos opuestos y antagónicos.

A fines de los años 70 comienza a ser observada la emergencia de un nuevo orden global urbano, que promueve y sustenta una serie de transformaciones socioterritoriales (Friedman, 1986). La fuerte impronta e incidencia de estos procesos permitió que la ciudad actúe como vehículo para expandir y profundizar dichos cambios, incidiendo notablemente en todos los ámbitos de la vida urbana y, por consiguiente, en los estudios urbanos de la época. En un contexto signado por procesos de globalización, el capital financiero cobra mayor relevancia y una nueva organización de la actividad económica establece en la ciudad una estructura “espacialmente dispersa y, a la vez, globalmente integrada” (Sassen, 1994: 29).

En este sentido, el Área Metropolitana de Buenos Aires¹, en particular, participó de una red de *ciudades globales*, con una posición semiperiférica, como enlace de alcance regional (Borja y Castells, 1997). Esta situación, especialmente las características históricas del desarrollo urbano de Buenos Aires, se manifiesta en una estructura socioterritorial distante de los modelos tradicionales del llamado “evolucionismo ecológico”² (Berry y Kasarda, 1977) cuyas transformaciones recientes pueden ser relacionadas con fenómenos

¹ Los censos argentinos de 1947 y 1960 comenzaron a reconocer con fines estadísticos la existencia del “Gran Buenos Aires”. Pero fue recién a partir de 1970 que el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) adoptó criterios teórico-metodológicos que le permitieron delimitarlo censalmente como una única localidad.

² En términos generales, esta línea de pensamiento se aplica para las ciudades estadounidenses, y supone que durante un período de crecimiento, industrialización y desarrollo del transporte debería producirse la suburbanización de los grupos de nivel socioeconómico medio-alto y alto, y las clases bajas pasarían a ocupar el centro deteriorado. Sin embargo, este hecho no se ha

afines a la ciudad global, como el *posfordismo*; el *posmodernismo* y el *posestructuralismo* (Torres, 2001).

El proceso de metropolización de Buenos Aires ha sido analizado por muchos autores (Bourdieu, 1977; Caride, 2007; Lombardo, 2012; Sargent, 1974; Scobie, 1977; Tella, 2007; Vapñarsky, 1989; etc.), entre los que se destaca Horacio Torres (1978, 1992, 1993, 2001), quien –sustentando su trabajo en censos de población y complejos sistemas computacionales– elaboró una detallada descripción del modo en que se fue construyendo la periferia desde mediados del siglo xx. Con esas bases estadísticas elaboró una serie de *mapas sociales* que le permitieron lograr una *espacialización de lo social* (Caride, 2007). Los mecanismos a través de los cuales abordó este proceso permitieron reconocer cierto orden en la periferia, definida como “territorio estructurante” (Tella, 2014).

Mediante los mapas sociales³ Torres asignó atributos que relacionaron el nivel socioeconómico y el estatus de los habitantes con su lugar de residencia. De esa manera generó un sistema de estratificación social para diferenciar –lo que denominó– *zonas buenas* de *zonas malas* (Torres *et ál.*, 1997). En estas construcciones subyace la idea de que “vivir en barrios de buena reputación no sería reflejo de una buena posición de estatus, sino que constituirá por sí mismo el hecho que la otorgue” (Rodríguez Goia, 2011: 56). En tal sentido, “la estructura espacial no debe ser vista solamente como la arena en la cual la vida social se desarrolla, sino como el medio a través del cual las relaciones sociales se producen y reproducen” (Torres, 1993: 14).

Partiendo de estas ideas, entonces, resulta relevante comprender el concepto de periferia e identificar en qué medida las caracterizaciones de lugar han contribuido –a partir de una delimitación y distribución espacial de grupos sociales– a instituir categorías de segregación y diferencias en la ciudad. Así, reconstruyendo la noción de periferia, tomamos una lógica de abordaje que implica recuperar temas y problemáticas sustanciales que la periferia urbana de Buenos Aires ha sufrido históricamente, muchos de los cuales aún permanecen.

A medida que se suceden cambios en el territorio, las descripciones e ideas de periferia han ido mutando, generando diversas categorías de análisis. Con el propósito de comprender la evolución y la complejización de esa noción de

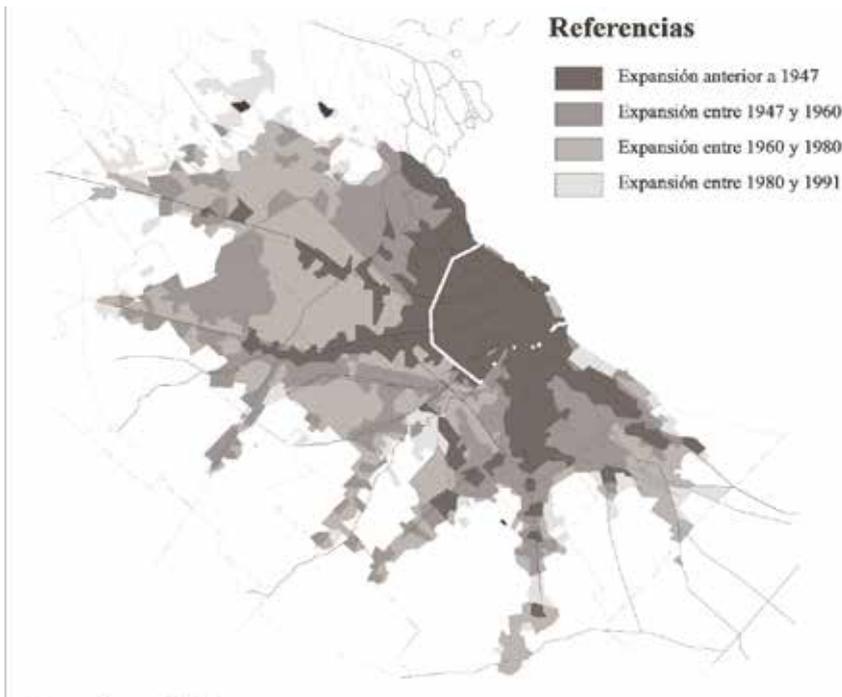
producido en el período de industrialización de Buenos Aires iniciado a principios de la década de 1940, sino en una etapa posterior.

³ Desde una perspectiva teórica, el “mapa social” debe ser comprendido como un mecanismo que permite reivindicar la naturaleza interactiva entre las relaciones sociales y las estructuras espaciales.

periferia y su interrelación con el centro de la ciudad, nos planteamos la construcción de escenarios a través de sus *constantes* y de sus *matices* como sustento para la formulación de posibles respuestas al debate actual sobre la temática.

En la Figura 1 observamos el proceso de expansión del Área Metropolitana de Buenos Aires.

Figura 1: Proceso de expansión del Área Metropolitana de Buenos Aires



Fuente: Horacio Torres, 1997.

II. Tensiones entre los conceptos de *centro* y *periferia*

Históricamente, los estudios urbanos han puesto énfasis en la determinación de configuraciones espaciales específicas. Durante la segunda mitad del siglo xx surgieron las primeras propuestas integradoras y hacia los años 70 fueron

analizados los casos de ciudades latinoamericanas, tal como lo expresaron Buzai y Marcos (2012: 69). En esta línea, cobra importancia el trabajo de Torres, quien caracterizó la estructura socioespacial de Buenos Aires a partir de las articulaciones entre espacio y sociedad.

Con los *mapas sociales* elaboró una metodología novedosa, de base censal, para explicar los fenómenos interactuantes en la construcción del territorio y en las dinámicas de metropolización. Mientras otros autores se abocaban a estudiar el crecimiento de la ciudad consolidada (Sargent, 1974; Scobie, 1977; Bourdó, 1977), Torres (1978, 1987, 1992, 1993) estableció una relación dialéctica entre una comunidad y el espacio que esta se construye, extendiéndose desde el centro hacia la periferia.

Sus mapas identificaron la evolución de la periferia mediante áreas que representaban las condiciones de hacinamiento y precariedad. De esta manera cobra importancia el papel de los sectores populares en la construcción –y resignificación– de esa periferia, reproduciendo sus vidas en situaciones de absoluta informalidad. Este tipo de idea sobre la periferia pone en tensión la continuidad física y simbólica de esos territorios, signados por fenómenos de polarización y configuraciones que escapan a los términos de la *ciudad tradicional*, con características que la literatura atribuye a la *ciudad difusa* (Friedmann, 1986; Harvey, 1990; Soja, 1996; Sassen, 1994).

Se trata de áreas que deben considerarse como clásicamente periféricas pero en las que se están produciendo ocupaciones muy particulares, donde la ciudad, en forma abrupta, manifiesta una discontinuidad del tejido edificado, con ocupación fragmentada, pérdida del paisaje rural, y donde “el campo se rompe en trozos al intercalarse hipermercados, carreteras, oficinas, urbanizaciones y grandes áreas comerciales, dejando de cumplir su misión de producir cereales para convertirse en un conjunto de zonas baldías o escombreras ilegales a la espera de un cambio de destino” (Tella, 2007: 45).

Es así que la periferia urbana conquista nuevos horizontes y adquiere nuevas características, sin perder su interrelación constante, pero aumentando las tensiones con el centro tradicional de la ciudad.

En este contexto dinámico y heterogéneo, la multiplicación y expansión de enclaves y la consecuente segregación socioterritorial son algunas de las características más notables de la periferia urbana contemporánea. Como hemos dicho, este modelo pone en cuestionamiento la continuidad física y simbólica del territorio, generando fenómenos de polarización en vastos espacios. Lo interesante de esta situación es que esa polarización no solo ocurre en las áreas

periféricas, sino que cada vez se evidencian más casos en las áreas centrales más densas y consolidadas.

Al respecto, Juan Lombardo (2007) señala que en la era de los negocios de escala global, la ciudad se inserta en redes de reproducción del capital. Y Torres (2001) observa que, en general, se verifica una polarización relacionada con la distribución del ingreso y otra relacionada con la distribución ocupacional de los trabajadores. Esto implica un mayor crecimiento en los polos altos y bajos, lo que excluye a muchos sectores medios y a los relacionados con las viejas industrias en declive desde los años 80.

Con estas características, la periferia actual se encuentra expuesta a una mayor intensidad de transformaciones, ya que constituye un territorio en transición que se distancia de las áreas centrales históricamente consolidadas. Analizando esta dualidad aparecen ciertos temas y problemas emergentes de la noción de periferia que han sido oportunamente abordados como herramientas de análisis de una realidad contingente.

La caracterización, delimitación y diferenciación de espacios y sociedades puede tornarse segregadora aunque intente remitir a situaciones observables. De tal modo, se va formulando un *relato* que tiende a restringir esas realidades y que, a la vez que describe, construye significados y se transforma en mecanismo de legitimación (Montero y Salas, 1993; Fleckenstein, 1991; Wood, 1986 y 1992; Díaz, 2007).

La elaboración de cartografía y otras representaciones asociadas a la descripción de un espacio dado parecieran trascender la simple construcción de significados para actuar como fundadoras de realidades, como partes constitutivas de un discurso que no solo describe (De Certeau, 1996) sino que —al ser aceptado y reproducido— genera también diferencias en las distintas formas en que la ciudad se representa y se percibe por los diversos actores que la construyen y la habitan.

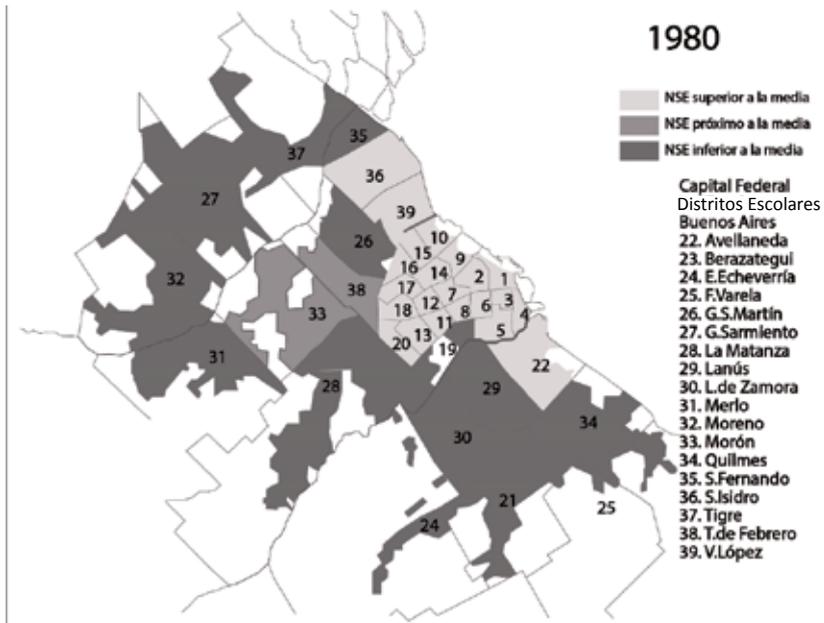
Desde los mapas, entonces, se suelen buscar razones explicativas sobre el proceso de suburbanización de Buenos Aires, y en ese recorrido se obtienen nuevas miradas sobre la periferia que han ganado una nueva complejidad al ritmo del crecimiento de la ciudad, de la diversificación de actividades, del propio loteo popular (Garay y Magariños, 1995; Pírez, 1994; Prévôt Schapira, 1989; Randle, 1969; entre otros). Es decir, además de nuevos temas emergieron nuevas problematizaciones y metodologías de intervención: conforme al estadio evolutivo de la periferia, también se complejizaba, adecuaba y reconstruía el abordaje interpretativo.

En consecuencia, al mismo tiempo que se disputa, la periferia se exhibe como cambiante, como un ámbito que contiene y cualifica. Mediante la interacción entre una narración descriptiva y la creación de herramientas como

los *mapas sociales*, se ha ido estableciendo una idea de periferia caracterizada como *territorio de pertenencia* de las clases populares. Sobre esos territorios, estos sectores sociales afrontan diferentes desafíos a través del tiempo en busca de su legitimación como colectivo con derecho a construir y a habitar la ciudad (Torres *et ál.*, 1999).

En la Figura 2 observamos la distribución de los niveles socioeconómicos del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1980.

Figura 2: Niveles socioeconómicos del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1980



Fuente: Horacio Torres, 1997.

III. Evolución y complejización de la noción de *periferia*

En un intento de periodización, puede ser identificado un primer escenario a partir de los años 70, en el cual la categoría de periferia se remonta hasta me-

diados del siglo xx para ser conceptualizada como *refugio* de las clases populares y de *migrantes suburbanos* llamados a forjar el sueño de la “casa propia”. En la década siguiente, la noción evolucionó hacia la concepción de un territorio de *exaltación manifiesta* de las conquistas sociales, de pugnas por el acceso a la vivienda, a los servicios, a las infraestructuras.

Por último, desde los años 90, ante un nuevo escenario social, político y económico nacional y transnacional que repercutió notablemente en la configuración del territorio, se produjo una resignificación de la idea de periferia, aludiendo al *campo de lucha* entre clases; en particular, de las clases trabajadoras contra las *élites suburbanizadas* que propiciaban disputas por el suelo ocupado históricamente por aquellos (Torres, 2001). Se observa así cómo el centro y la periferia condensan un relato cronológico que diferencia sectores sociales en el espacio.

a. La periferia como refugio de las clases populares

Desde los inicios del siglo xx, en Buenos Aires tuvo lugar una suburbanización que se expandía desde el área central. Este tipo de expansión suburbana fue impulsada por los sectores sociales de menores recursos que buscaban asentarse en las inmediaciones del núcleo urbano tradicional debido a las oportunidades de empleo y de servicios que este ofrecía. Se trataba de una masa migratoria que fue la base del alto crecimiento del período y que dio origen a los procesos de estructuración urbana que se consolidó en los años 30.

La ocupación periférica se daba generalmente en condiciones precarias y con índices muy elevados de hacinamiento. Sin embargo, hasta mediados de la década de 1940 las zonas consideradas *malas* no resultan periféricas sino relativamente centrales, aunque sí son fuertemente sectorizadas.⁴ Con estas características, la periferia ofrece buena habitabilidad, mientras que las peores condiciones aparecen en la zona central (sobre todo en el área centro-sur). Es decir, el *hacinamiento colectivo* de las viviendas –principal causa de las malas condiciones de habitabilidad en el período– aumenta desde la periferia hacia el centro, lo cual constituye una pauta de notoria diferencia respecto a períodos posteriores.

Entre 1940 y 1960 las condiciones de la vivienda y del hábitat urbano cambiaron radicalmente: el nivel de hacinamiento aumentó hacia la periferia. Por otro lado, las viviendas con mejor habitabilidad se concentraron sobre

⁴ Las zonas consideradas *malas* en este período se ubican en el centro-sur y en el centro-oeste, pero no en el centro-norte.

los ejes norte y oeste de la ciudad. En consecuencia, el mapa social de 1960 confirmó que los grupos de mayor nivel socioeconómico tienen una definida y consistente tendencia a ocupar las zonas centrales, y consolidó la configuración de una periferia que, a pesar de las carencias, crece fundamentalmente sobre la base de procesos de autoconstrucción.

Para analizar este contexto, y orientados a la formulación del mapa social de Buenos Aires, fueron producidos en los años 70 diferentes trabajos que configuraron un primer escenario de la periferia (Torres, 1970, 1975, 1977, 1978 y Torres y Schteingart, 1973). En esos discursos aparece la descripción de una ciudad que se hallaba –desde mediados de siglo– en un proceso de suburbanización de los sectores populares en busca de una primera residencia, asentándose en inmediaciones de las áreas consolidadas.

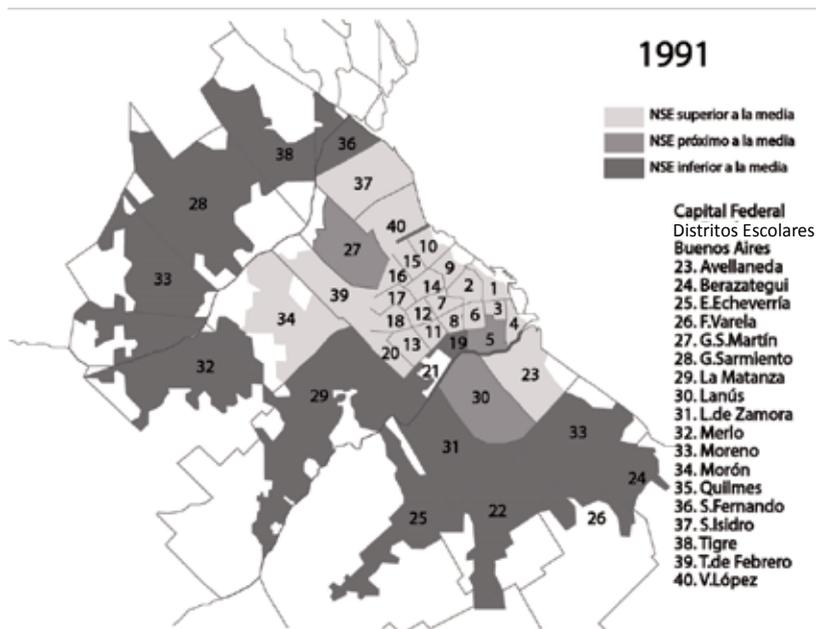
Esta ocupación se produjo en condiciones extremas de hacinamiento y, si bien no fue promovida explícitamente, resultó favorecida por políticas de fomento de las actividades productivas y de extensión de la red de transporte público automotor, como factores que incidieron de manera decisiva en la estructuración metropolitana.

De la conformación de los mapas emerge una marcada diferencia en la relación centro-periferia, plasmada en la delimitación de zonas *buenas*, que correspondían al área central y a los barrios tradicionales, con alta cualificación de las residencias y del tejido urbano; y zonas *malas*, que se ubicaban en áreas intersticiales, entre los ejes de mayor consolidación, con desfavorables condiciones de la vivienda y del espacio público (Abba *et ál.*, 2011). Allí es donde los sectores populares se instalaron en situación de refugio, protagonizando una especie de conquista del territorio para promover la reproducción de sus vidas (Torres, 1978).

Mientras los sectores de altos ingresos de la población ocupaban las áreas centrales, el escenario descrito confirmó la idea de una periferia apropiada por los sectores populares, autosuburbanizados, en situación de precariedad (Torres, 1977). Las altas tasas de ocupación de las viviendas individuales se contraponen con un tejido urbano discontinuo y desestructurado, marcado por la existencia de baldíos, grandes áreas sin lotear y falta de equipamiento e infraestructura. Este proceso se caracterizó por la localización de estratos sociales diferenciados, con pretensiones de consolidar espacialmente tales diferencias (Torres, 1978).

En la Figura 3 observamos la distribución de los niveles socioeconómicos del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1991.

Figura 3: Niveles socioeconómicos del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1991



Fuente: Horacio Torres, 1997.

b. La periferia como exaltación de conquistas sociales

Identificando nuevas transformaciones surgidas durante los años 80, se observaron cambios en el espacio físico y en la sociedad, sobre todo a partir de luchas y reclamos de derechos adquiridos por los habitantes de la periferia. En esta evolución, la noción de periferia se destaca como territorio de exaltación de las conquistas sociales (Torres, 1987, 1992, 1993 y 1994). Como prolongación de los sucesos del período anterior, la ciudad siguió entendiéndose en términos de zonas *buenas* y zonas *malas*⁵, en una periferia que se había desplazado más

⁵ En el mapa correspondiente a 1943, las zonas *buenas* y *malas* se encontraban a una distancia promedio del centro semejante (9 kilómetros en ambos casos). En 1960, en cambio, cuando el proceso de suburbanización del período 1940-1960 se completó, las zonas *buenas* se encontraban a igual distancia que en el período anterior, pero las *malas* habían duplicado su distancia promedio

allá del centro y en la que no aparecía la disputa por el suelo —que ya había sido conquistado— sino por el acceso a los servicios públicos, la infraestructura urbana y los derechos ciudadanos.

De las luchas emprendidas por los sectores populares en la periferia resultaron tarifas subsidiadas para el transporte público —de modo de garantizar su movilidad hacia las fuentes de empleo en las áreas consolidadas—, así como también el acceso a líneas de préstamos —también subsidiadas— para afrontar en cuotas la compra de un lote donde autoconstruir su vivienda.

En este momento se toma conciencia del urbanismo como disciplina y de la necesaria articulación funcional entre la ciudad central (Ciudad de Buenos Aires) y la ciudad metropolitana (Área Metropolitana de Buenos Aires). Esto es de gran importancia para la visión de la periferia en su dimensión jurídica y administrativa, a la vez que conlleva una serie de problemáticas ligadas a la gestión de un territorio vasto y complejo.

En este contexto de pugnas, tensiones y retraimiento de las administraciones públicas surgieron nuevos actores fuertemente territorializados: el municipio, el barrio, los técnicos, las organizaciones de la comunidad, la Iglesia, etc., para demandar y gestionar el derecho a la vivienda y a la tierra, a los servicios y a las infraestructuras básicas (Novick, 2004). Tal proceso produjo un desplazamiento del eje de la acción política a lo social y a lo urbano, en donde la lucha por el espacio centrada en la tierra fue predominante (Torres, 1993).

Para este tipo de suburbanización fue relevante el papel que jugaron las clases medias en el submercado de la propiedad horizontal⁶ a partir de 1950. Si bien existieron algunas acciones urbanas directas —como la construcción de importantes conjuntos residenciales—, las políticas urbanas implícitas⁷ representaron el factor clave para explicar la forma adoptada por la suburbanización. El

(18 kilómetros). Lo anterior aporta un elemento relevante para caracterizar la suburbanización de Buenos Aires entre 1940 y 1960. El autor destaca que se trató de un movimiento popular hacia la periferia, protagonizado por los trabajadores urbanos y condicionado por el contexto socioeconómico y normativo.

⁶ En este momento adquiere importancia el centro de la ciudad en el contexto de la Ley de Propiedad Horizontal. El autor atribuye el incremento de la densificación principalmente a la sanción de esta normativa en 1948, que abrió la posibilidad para que la propiedad de los edificios de departamentos fuera compartida entre los co-propietarios de las distintas unidades. Hasta 1948 los pequeños propietarios solo podían vivir en su propiedad si se trataba de casas individuales, lo cual traía como consecuencia la necesidad de alejarse del centro. Como contrapartida, para habitar un edificio de departamentos en altura era necesario ser inquilino.

⁷ Se considera subsidios “implícitos” a aquellos préstamos subsidiados a la vivienda individual, a los subsidios al transporte público, a la permisividad de las reglamentaciones de usos del suelo urbano, etc.

aumento masivo de la pequeña propiedad periférica se debió al loteo económico como principal mecanismo de acceso a la tierra y a la vivienda por parte de los sectores populares. Y fue también una forma privilegiada para la colocación de inversiones especulativas.

A partir de estas situaciones se presenta una periferia fuertemente condicionada por factores normativos explícitos⁸, lo que determina nuevas configuraciones y características para esa periferia urbana. Los requerimientos y reglamentaciones introducidas por las legislaciones de usos del suelo de la época parecen suficientes para desalentar a los especuladores inmobiliarios; sin embargo, los controles sobre la expansión urbana chocan de tal manera con las prácticas de los promotores y con los intereses creados, que resultan de muy difícil implementación.

Es así que en la realidad se puede constatar que la Ley 8.912/1977 frenó relativamente los loteos masivos sin infraestructuras, pero, a su vez, dejó a una gran cantidad de población destinada a adquirir sus viviendas en el mercado informal, en asentamientos y villas, ya que el tendido de infraestructura urbana no formaba parte de las políticas públicas, y los particulares no podían costearse un lote provisto con esos servicios.

En este escenario, la periferia –todavía presentada como una zona mala– buscó mejorar sus cualidades intrínsecas, y los sectores populares –que ya habían conquistado la tierra– lucharon por la conquista de nuevos derechos. Así, demandaron la concesión de beneficios implícitos, como los préstamos a la vivienda individual, los subsidios al transporte público y las permisividades en las reglamentaciones de construcción, frente al avance de la inversión especulativa de los desarrolladores inmobiliarios que motorizaron un *laissez-faire* territorial, entendido como “urbanización salvaje” (Torres, 1992).

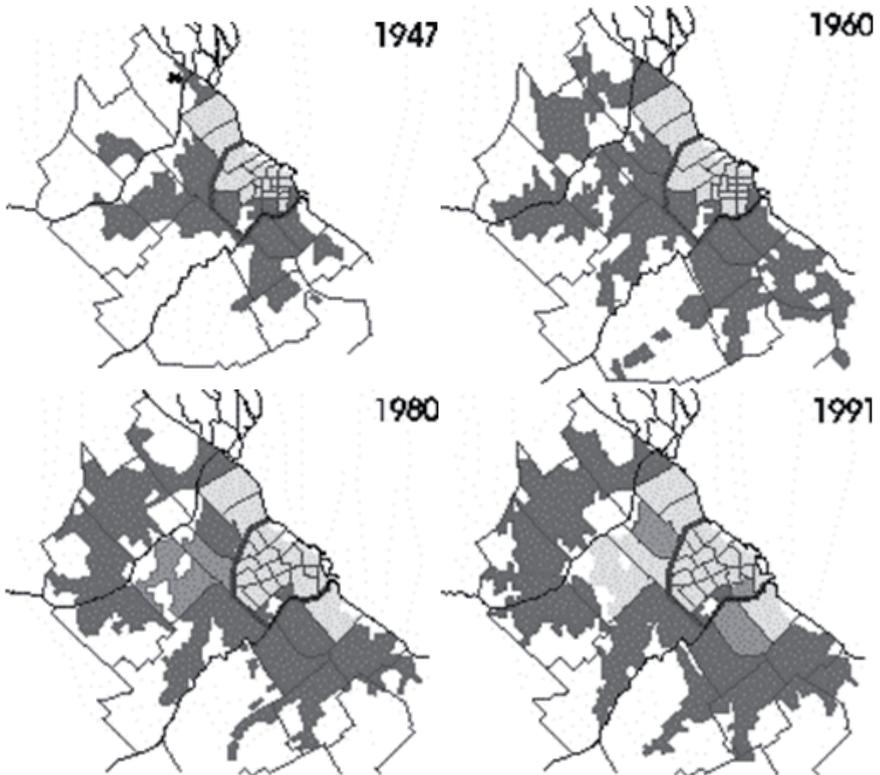
Constituida la *autosuburbanización popular* por parte de los trabajadores industriales, se consolidó la expresión de una periferia expandida y fuertemente segregada. Mientras el centro se densificaba y diversificaba, la periferia se expresaba por medio de la reproducción de loteos económicos como única forma de acceso a suelo para autoconstrucción. Se trató de una etapa de conquistas populares continuas en busca de condiciones mínimas de habitabilidad.

⁸ En 1977 se sancionan el Código de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Buenos Aires y el Decreto Ley 8.912 de Ordenamiento Territorial y Uso del Suelo de la Provincia de Buenos Aires. Dicha ley tiene directa influencia con la desaceleración de la expansión metropolitana proveniente de los loteos económicos y la autoconstrucción, aunque se debe notar que el proceso de desaceleración ya se venía produciendo desde 1960 debido a la desaparición progresiva de las políticas urbanas “implícitas”.

Entretanto, la periferia –signada por la tendencia a la expansión de villas y asentamientos precarios– comenzó a sufrir un nuevo proceso de suburbanización: los sectores de mayores ingresos iniciaron un avance sobre zonas cada vez más externas, vinculadas al centro por autopistas, y le disputaron el territorio a las clases trabajadoras, habitantes tradicionales de esa periferia en construcción.

En la Figura 4 observamos la espacialización del juego de tensiones entre actores y procesos en el Área Metropolitana de Buenos Aires, expresada a partir de la distribución de niveles sociohabitacionales de la población a lo largo del tiempo.

Figura 4: Proceso de metropolización de Buenos Aires entre 1947 y 1991



Fuente: Horacio Torres, 1997.

c. La periferia como campo de lucha entre clases

El siguiente escenario se describe en un contexto de crisis estructural que se originó en la década de 1980, en la que se evidenciaron cambios importantes tanto en el centro como en la periferia, por lo que también se generaron nuevas problemáticas y una tensión creciente entre ambos. Por una parte, reaparecieron tendencias que apuntaron al deterioro de ciertas áreas centrales, y por otra, surgieron en la extrema periferia zonas que se hicieron accesibles gracias a la nueva red de autopistas regionales. Este tipo de desarrollos señalan una tendencia a la suburbanización de los grupos de más altos ingresos.

La eliminación paulatina de los *subsidios implícitos* hasta su extinción en los años 90 —cuando los ferrocarriles suburbanos fueron concesionados— contribuyó también a explicar las nuevas formas de crecimiento. La nueva periferia ya no se desarrolló más en las áreas cercanas a las redes ferroviarias, sino que se estructuró en relación con las áreas de influencia de los nuevos ejes viarios que conformaron las autopistas. Por otra parte, los protagonistas de este tipo de suburbanización ya no son los trabajadores urbanos sino los grupos de más altos ingresos, que mediante el transporte privado (automóvil) acceden a los vastos terrenos que habían quedado ajenos al crecimiento identificado en el período anterior.

En esta nueva configuración urbana provocada por las transformaciones tecnológicas, el influjo de capital, el agravamiento de los problemas de violencia y la cultura posmoderna, tanto el centro como la periferia sufrieron nuevos cambios. Se observa que los sectores de altos ingresos, que habitaban parte de la primera corona, vuelven al centro a habitar torres de lujo o bien se alejan cada vez más, y se van a vivir a los llamados *countries*, clubes de campo y barrios cerrados.

Estos procesos han dado como resultado una periferia polarizada y con fuertes rupturas socioespaciales, ocupada tanto por los sectores pobres como por los ricos. Los sectores de altos ingresos intentan aislarse de los sectores medios y bajos; sin embargo, aunque encerrados tras muros, barreras y cercos, comparten las mismas áreas de la ciudad. La puja existente entre los conceptos de centro y periferia son de este modo resignificados: la periferia es entendida esencialmente como *campo de lucha* entre clases (Torres, 1996, 1996 y 2001; Torres *et ál.*, 1997 y Torres *et ál.*, 1999).

En efecto, en este escenario se presentó una periferia polarizada y con fuertes contrastes socioespaciales, en la cual los sectores populares debieron afrontar una

disputa por el territorio con segmentos de altos ingresos de la población, que requerían importantes superficies de tierra barata para localizar sus residencias, con altos muros perimetrales y en un entorno frondoso y apacible (Tella, 2007).

Se redimensionó la idea de periferia caracterizada como un espacio que se desplaza de las inmediaciones de los corredores ferroviarios hacia las nuevas carreteras. Y en tal dinámica, las zonas buenas –aquellas correspondientes a las áreas tradicionales consolidadas– tendieron a mejorar sus cualidades urbanas, mientras que las zonas malas –las consideradas de tipo periférico– también mejoraron pero solo en las proximidades de los nuevos ejes viarios, a la vez que desalojaron a los sectores populares que allí residían (Torres *et ál.*, 1999).

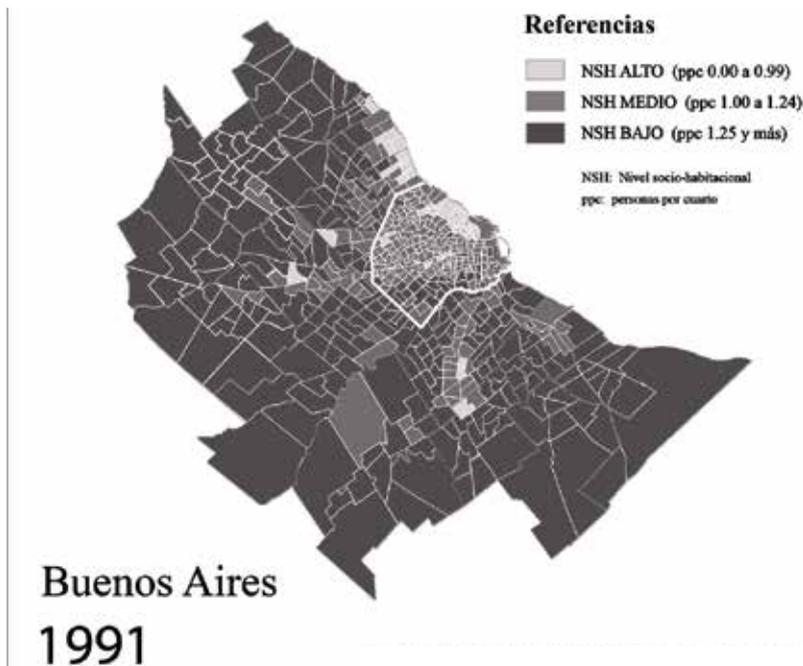
Este proceso –denominado “suburbanización de las élites” (Torres, 2001)– estuvo enmarcado en fenómenos globales y puede definirse como el asentamiento residencial de los sectores de altos ingresos de la población en la periferia urbana bajo la forma de urbanizaciones cerradas, para las cuales accedieron a vastos terrenos a partir de áreas accesibles debido a la construcción de autopistas, mientras los sectores sociales más bajos veían este desplazamiento como un irrefrenable arrebato de tierras que –además– modificaba nuevamente el perfil de la periferia.

La característica principal de esta configuración urbana es la preeminencia del norte sobre el sur y del centro sobre la periferia, a la vez que se observa un fuerte predominio de los ejes principales sobre los espacios intersticiales. Estos patrones se extienden hasta la tercera corona, con marcadas diferencias respecto de los anteriores períodos: en estos momentos no existe subdivisión alguna de tierras con fines residenciales en Buenos Aires que no esté dirigida a los sectores de más alto poder adquisitivo. No obstante, la tendencia indica que los mercados se están extendiendo cada vez más para abarcar también a los sectores medio-altos.

En consecuencia, con disputas aún inconclusas, a medio transitar, el tema de la periferia ya no fue la pugna de los sectores populares por el acceso al suelo en donde autoconstruir sus viviendas, ni su demanda por condiciones mínimas de habitabilidad, con servicios e infraestructuras básicas, sino –contrariamente– el amparo del territorio frente a un nuevo actor que ingresó a la escena: las élites suburbanizadas, que en definitiva los desplazó de sus fragmentos conquistados.

En la Figura 5 se pone de manifiesto el carácter que asume la periferia mediante la distribución de niveles socioeconómicos de la población.

Figura 5: Niveles sociohabitacionales del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1991



Fuente: Horacio Torres, 1997.

IV. El papel de los mapas en la diferenciación de lugar

Un mapa sintetiza y confina situaciones complejas, dinámicas, en constante movimiento; en una especie de estampa inerte y estática. La dificultad de poder representar la realidad sobre un plano bidimensional no solo remite a las cuestiones sociales, sino que además la representación geográfica por sí misma y desde sus orígenes implicó formas y cambios difíciles de ser expresados sin deformar esa realidad.⁹ Con esta forma de analizar la realidad “se fragmenta lo que es esencialmente dinámico y se toma el producto por el todo, olvidando que el proceso social sigue bullente, cambiante” (Montero y Salas, 1993: 90).

⁹ Los casos más difundidos y aceptados de este tipo de deformaciones son los que se producen con las proyecciones cartográficas de la Tierra, existiendo diferentes representaciones según el autor y el tipo de deformación observada (proyección de Mercator, de Peters, de Goode, Cónica, etc.).

En los análisis socioespaciales asociados a la construcción de mapas pareciera existir una idea de *mapa social del prestigio* y de *mapa social de la pobreza*, donde se plantea un sistema de estratificación social que relaciona nivel de estatus directamente con lugar de residencia. El lugar de residencia aparece confiriendo entonces un tipo de prestigio particular a sus habitantes: “ese mismo estatus también aduce a otras variables, como tipo de comportamiento, estilo de vida y visión del mundo” (Rodríguez Goia, 2011: 56).

Encontramos que estas ideas subyacen en la conformación de los mapas sociales de Torres (1978, 1987, 1993), y definen un tipo de sociedad constituida por estratos a partir de su distribución espacial en la ciudad: el sector de residencia otorga estatus a un sujeto y/o grupo. En este sentido, “el hecho de vivir en barrios de buena reputación no es considerado un reflejo de una buena posición de estatus sino que constituye, por sí mismo, un hecho otorgador de estatus” (Rodríguez Goia, 2011: 54). Desde esta perspectiva es necesario observar cómo la precisión cartográfica puede verse relegada ante ciertas consideraciones ideológicas (Montero y Salas Sánchez, 1993). En qué medida las herramientas de análisis –como los mapas sociales– verifican esta sentencia, es una de las cuestiones interesantes a examinar.

Si bien este tipo de mapas resultan útiles para caracterizar ciertos procesos y coyunturas a nivel socioterritorial, además de que poseen un sólido fundamento en datos procedentes de fuentes oficiales, el hecho de espacializar mediante herramientas estáticas una realidad contingente por antonomasia puede presentar inconveniencias en relación con los datos cuantitativos utilizados, la forma de representarlos y la realidad que se quiere mostrar y estudiar mediante ellos. Asimismo, se plantea la construcción de un discurso que delimita lugares, define características y categoriza grupos humanos, por lo que tiende a estigmatizar, segregar y limitar. Así, los mapas sociales, a la vez que describen, se convierten en instrumentos capaces de legitimar situaciones, sentando las bases para que un escenario sea aceptado como la realidad y reproducido en consecuencia.

A partir de estas reflexiones surgen algunas cuestiones interesantes de plantear en el contexto del análisis de la periferia urbana de Buenos Aires: ¿de qué manera esos mapas representan la realidad?; ¿constituyen hechos objetivos, posibles de ser verificados en el territorio?; ¿cómo un análisis científico contribuye a legitimar discursos preestablecidos y procesos, tanto como a definir y a estigmatizar lugares y grupos sociales?; la descripción de un lugar, entendida como relato, ¿construye por sí misma una realidad determinada? Consideramos importante examinar estos puntos a la hora de incorporar representaciones territoriales al estudio de procesos y fenómenos de origen social.

Un modelo que determina en un mapa áreas homogéneas y las caracteriza como *buenas* o *malas* según diferentes criterios y variables puede ser contrapuesto (o bien complementado) por análisis menos determinantes y absolutos, más dinámicos y flexibles. Así, en lugar de mapas estáticos podrían considerarse figuras y conceptos, como el de *rizoma* (Díaz, 2007), que definan realidades sociales y humanas por su complejidad, multiplicidad, heterogeneidad, interconexión y movilidad, como las luchas sociales, que se modifican constantemente a nivel de microescala, lo que resulta muy difícil abarcarlas mediante mapas.

No puede soslayarse que un mapa constituye una construcción social en sí mismo, por lo que supone un sesgo marcado de subjetividad. En este sentido, varios autores consideran que los mapas son solo una manera —entre muchas otras— de presentar la información (Montero y Salas, 1993; Fleckenstein, 1991; Wood, 1986 y 1992; Díaz, 2007). Por otro lado, un mapa es, a la vez que un signo en sí mismo, una síntesis de signos. Es una convención social compuesta por diferentes códigos que adquieren significado solo en relación con otros códigos específicos, producidos por un contexto cultural, político, económico y social determinado.

En última instancia, un mapa tendrá las características que su creador quiera imprimirle, y la información del mismo estará dirigida a una determinada finalidad (Wood, 1986). Con todo, la subjetividad por sí misma no implica un problema para la elaboración y la lectura de un mapa, siempre y cuando sea considerada conscientemente como parte constitutiva del mismo. De hecho, puede ocurrir que en algunos casos la utilidad de los mapas provenga justamente de un sesgo particular y de su subjetividad.¹⁰

Según De Certeau (1996), el mapa debe ser comprendido más como un libro de historia que como un mapa geográfico. De esta forma, el mapa se compone tanto de legados recibidos de diferentes tradiciones como de datos provenientes de la observación empírica, representando una sumatoria de lugares heterogéneos. Por el contrario, si pretende ser totalizador, estricto y absoluto, el mapa rechaza los procesos socioculturales del cual él mismo es causa, parte y resultado. Sin los elementos sociales y culturales, sin una narración que lo nutra, se torna estéril. Los relatos, entonces, complementan la geografía limitada del territorio, describiendo lo que sí se puede hacer y contribuyendo a la producción del espacio.

¹⁰ Esto ocurre en situaciones en las que se modifican intencionada y drásticamente algunos valores y aspectos de la representación con un propósito determinado, para destacar lo que considera importante y minimizar aquello que, según su óptica, carece de importancia. En estos casos, generalmente, tanto las modificaciones, omisiones y deformaciones de la información, así como también el objetivo del mapa, son explicitados por el autor.

Con estas ideas de mapa-relato (De Certeau, 1996), observamos cómo la noción de periferia transita por constantes y matices. En términos de *constantes*, la periferia fue caracterizada como una zona mala que puja por mejorar, que se aleja recurrentemente del centro, que ha sido conquistada por los sectores populares y que apela a su consolidación mediante luchas de poder. Asimismo, emergen en su noción ciertos *matices* que la muestran en sus orígenes como territorio de disputas sociales por el acceso al suelo para la autoconstrucción de la vivienda; luego, como ámbito de pugnas por la demanda de los servicios básicos; y por último, como un campo de disputa contra las élites suburbanizadas.

La articulación entre constantes y matices, entonces, permite generar ciertas aproximaciones explicativas a la noción de periferia, que aparece consagrada como *frontera de marginalidades* mediante una configuración unívoca de límites a la expansión de la pobreza; como *demarcación simbólica* a través de estereotipos autopercebidos por los diferentes grupos sociales; y como trama de relaciones de poder entablando luchas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales.

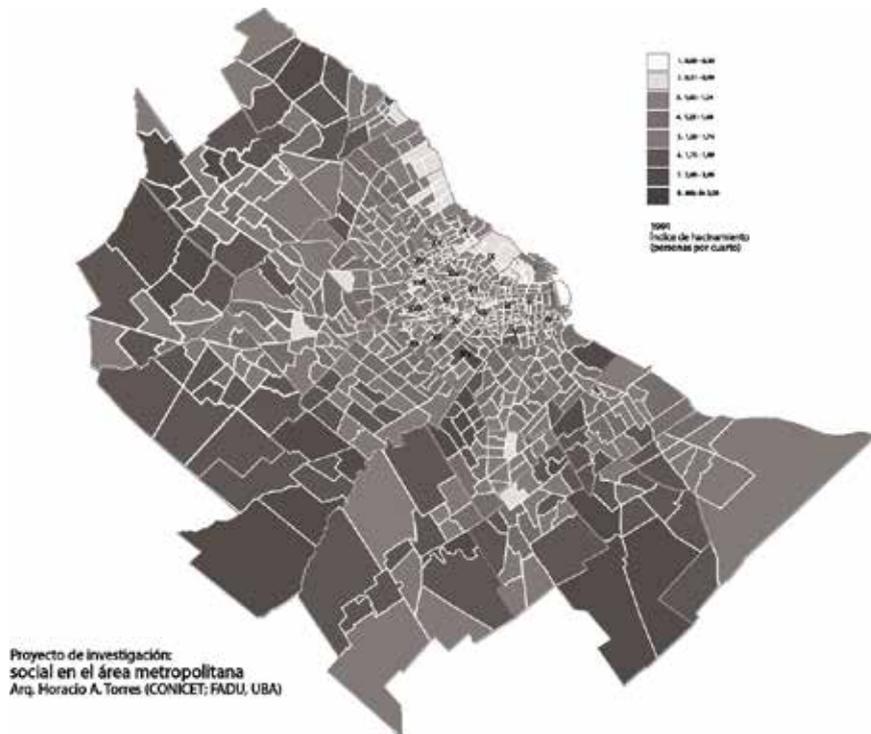
En la Figura 6 se presenta el índice de hacinamiento del Área Metropolitana de Buenos Aires elaborado en 1991.

a. La periferia como frontera de marginalidades

La noción de periferia ofrece como presupuesto la marginalidad misma, entendida como “una integración de poblaciones que no están fuera de la sociedad sino insertas en ella y ocupando la posición más desfavorable” (Gutiérrez, 2002: 12). De modo que la estructuración de prácticas y de representaciones se traduce en *habitus*, en un sistema socialmente constituido (Lizardo, 2009: 7). Y alude al mismo *espacio social* bourdesiano como campo de fuerzas donde los grupos sociales se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura del capital que posean (Bourdieu, 1989: 28).

Desde esta perspectiva, los mapas sociales se constituyen en herramientas de análisis de una realidad determinada y, a la vez, construyen significados que reproducen un discurso que se institucionaliza. Es allí donde su interpretación corre el riesgo de considerar a estos mapas como una suerte de *verdad revelada*. Tal como señala De Certeau (1996), las representaciones, en su afán de establecer lugares, de fijar límites, de articular espacios y de conformar identidades, terminan formulando un relato, una narración.

Figura 6: Índice de hacinamiento del Área Metropolitana de Buenos Aires en 1991



Fuente: Horacio Torres, 1997.

De este modo, los mapas, entendidos como narraciones, no cumplen una función descriptiva sino que, en cambio, a la vez que generan el relato, crean, producen y legitiman acciones concretas. En términos de Austin (1955), este modo de narración cuenta con una fuerza esencialmente *performativa*¹¹, que en este caso se manifiesta transformando al producto cartográfico en una acción concreta. Siguiendo esta línea de pensamiento, en contrapartida, en caso de no existir relato alguno se evidencia una pérdida de espacio y de formas, donde

¹¹ La expresión *performativa* tiene como significado que “por el mismo hecho de ser nombrada se convierte en acción”. El filósofo del lenguaje John Langshaw Austin instaló la palabra *performativa* como *realizativa*, lo que significa que el hecho de expresar una oración es realizar una acción o parte de ella; acción que a su vez no consistiría solo en “decir algo”.

sujetos y grupos sociales experimentan una regresión en la cual serían solo objetos estáticos. De allí la importancia de complementar los mapas con relatos de las diferentes realidades descritas. Más aún, el mapa debe estar constituido, entre sus fuentes, por una narración exhaustiva y representativa.

Así, si entendemos cada mapa como un acto semiológico que establece acciones y que articula prácticas que se tornan espacializantes, plasmándose en un dibujo de acontecimientos (De Certeau, 1996), lejos de restringir, pueden adquirir movimiento y determinar recorridos. Los *mapas-relato*, por ende, adquieren la función de establecer límites. Pero esos límites no son fijos ni cerrados, sino que poseen la característica particular de ser accesibles, traspasables, permeables. Son límites móviles, cambiantes, versátiles. Estos mapas-relato incorporan las nociones de *frontera* y de *punte* como figuras narrativas de marginalidades que, en este caso, utilizamos para referir a la periferia. Estos conceptos permiten reconocer aquello que al mismo tiempo separa y limita, donde la frontera crea y articula, estableciéndose como paso, como puente¹² (De Certeau, 1996).

Observamos entonces que en los *mapas sociales* se presenta una construcción de *fronteras de marginalidad* donde, si bien los límites pueden ir mutando de un escenario temporal a otro, se establecen sectores –dentro de un mismo contexto socioespacial– donde la frontera permanece rígida e inexpugnable, donde su traspaso no parece ser una posibilidad para los diferentes sectores sociales. No obstante, siguiendo las ideas de De Certeau (1996), allí donde el mapa corta, el relato atraviesa. El relato se hace necesario.

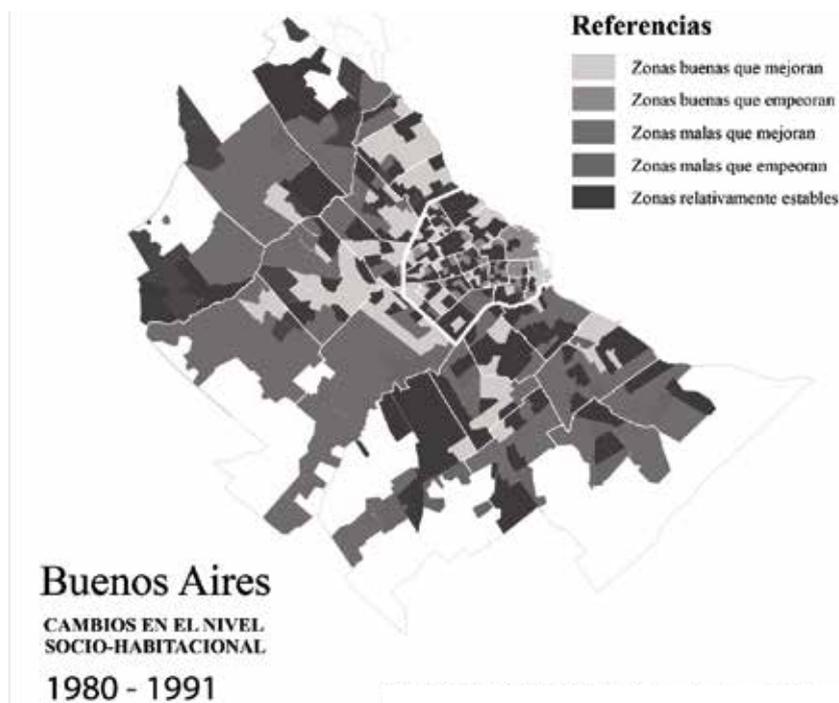
La narración establece así un camino que a la vez transgrede y, con ello, más que definir lugares, construye movimientos donde “el límite, en su juego ambivalente, mientras define, pone a disposición del extraño el lugar del cual aparentemente lo está dejando afuera” (De Certeau, 1996: 45). Cuando el relato marca un alto, este no es estable, sino que sigue variaciones. En este sentido, el autor considera que allí es donde se generan los “deslindes”, que son entendidos como “límites transportables y a la vez transportes de límites” (De Certeau, 1996: 141).

¹² La *frontera* se crea por el relato en términos de interacciones y produce diferencias a partir de esos encuentros. El *punte*, en cambio, cumple la función de completar intervalos, de llenar espacios. Sin embargo, cuando el relato establece puentes mediante historias de interacción, lo hace con una lógica de ambigüedad donde ciertas veces actúa como enlace pero otras tantas opone, distingue y distancia. La importancia de estos elementos en sus aspectos narrativos está dada por la transgresión y el desafío a un orden establecido: a la vez que reconocen la alteridad de lo que se esconde más allá de la frontera, hacen visible lo que antes permanecía oculto. En todo caso, al ser parte del relato, también representan acción y movimiento, permitiendo el desplazamiento de un lugar a otro.

El relato –y en este caso, el mapa– que describe estos procesos no solamente actúa como legitimador sino que además pareciera que por sí mismo los produce, aludiendo a esa fuerza *performativa* de la que habla Austin (1955). No obstante, estas ideas chocan con la dinámica de los procesos sociales, que conforme a sus características adquieren movimiento y acción, delimitando territorios por su propia cuenta.

Es así que se alimenta una dicotomía que pareciera existir entre los mapas y los procesos sociales, que presentan dificultades para definirse mediante representaciones estáticas y restringidas. Surge entonces la narración y las figuras semiológicas necesarias para generar una articulación que permita abordar los análisis sociales mediante mapas. En la Figura 7 se manifiesta la dinámica de la periferia, con términos de cambios relativos, identificados intercensalmente, de los niveles sociohabitacionales de la población entre 1980 y 1991.

Figura 7: Cambio en el nivel sociohabitacional de Buenos Aires entre 1980 y 1991



Fuente: Horacio Torres, 1997.

b. La periferia como demarcación simbólica de lugar

La periferia que se va construyendo mediante descripciones y mapas en cada escenario, puede ser considerada en correspondencia con el concepto de *relato*, con el de una interpretación del territorio atravesado por distintas dimensiones de análisis y que permite recorrerlo de diversas maneras (Díaz, 2007). Esta periferia, por ende, identificada como una de las zonas malas, intenta establecer una demarcación simbólica de lugar frente a la expansión de la pobreza, identificada esta “con nociones como las de privación, de ausencia, de carencia, y constituye un concepto descriptivo más que explicativo” (Gutiérrez, 2002: 11). Con lo cual, la periferia así descrita actúa como generadora de los procesos que legitima (De Certeau, 1996).

En las propias dinámicas sociales, los grupos en pugna se movilizan, se transforman, traspasan límites, trascienden fronteras, reconfiguran y recalifican el espacio, y generan nuevos símbolos, relaciones y entramados culturales. La identificación de diferencias sociales y su vinculación con lugares específicos puede ser producida bajo la forma de mapas. En este sentido, el *mapa-relato* ha creado tanto delimitaciones espaciales como barreras simbólicas, de estereotipos, de estigmas y de segregación tanto autoconstruidas como autopercebidas por los diferentes grupos sociales.

La visión que cada persona o grupo tiene del mundo depende de la posición que ocupe en él. O sea que la periferia o el centro producen formas de percepción social muy diferentes. Vivir en la periferia es hacerlo en una representación subjetiva, atravesada por una carga simbólica que arroja al individuo hacia los bordes de un mundo construido intencionadamente para él y de cuya construcción él también forma parte (Montero y Salas, 1993). Esta construcción se presenta como un criterio de desvalorización y de exclusión plasmado, legitimado y reproducido en una representación cartográfica que resalta y cataloga esas diferencias.

De acuerdo a las propiedades atribuidas a cada una de esas zonas, pueden establecerse áreas homogéneas en mapas que se tornan fuertemente simbólicos al diferenciar las zonas buenas de las malas. Si bien las unidades de estudio pueden cambiar, las representaciones simbólicas asociadas a ellas se mantienen: con la creación de tales marcas se consagran diferencias asociadas a pobreza y riqueza, que en última instancia son lo que dan cuenta de lo bueno y lo malo en el planteo de mapas sociales (Rodríguez Goia, 2011).

Observamos entonces la emergencia de un simbolismo atribuido a las diferentes áreas de la ciudad, que aparecen definidas en gran medida por los sectores sociales que habitan en ellas y que construyen el territorio en la medida

de sus necesidades, posibilidades y perspectivas. Por su parte, el territorio –entendido como recurso y como producto–, con diferentes cualidades geográficas y construidas (físicas), y socioculturales (simbólicas), se distribuye entre los diferentes grupos de acuerdo, fundamentalmente, a la capacidad económica de acceder al mismo (Lombardo, 2012).

De acuerdo a las propiedades atribuidas a cada zona hemos identificado cómo se van estableciendo mapas de prestigio que adquieren la función de definir áreas homogéneas y describir características comunes, a la vez que delimitan zonas que pueden catalogarse, por oposición, como de desprestigio. Como consecuencia, se constituyen mapas simbólicos en diferentes grados y escalas urbanas, siendo posible diferenciar sectores *mejores* y *peores* en las diversas áreas de la ciudad.

c. La periferia como trama de relaciones de poder

El tránsito por la ciudad establece recorridos por diferentes campos simbólicos. En esos campos –que en este caso remiten a lo que llamamos *periferia*– es donde se articula una trama de relaciones de poder (Bourdieu, 1989). Los actores sociales son definidos, de este modo, por sus posiciones relativas en el *espacio social*. La posición ocupada en el espacio social estará entonces determinada por la posición en los diferentes campos, definidos por los diferentes tipos de capital (económico, cultural, social y simbólico).

Este conocimiento de posiciones en el campo social es lo que permite separar clases –en el sentido de grupos– de elementos que ocupan posiciones y características similares, y que tienen intereses en la toma de decisiones comunes. Sin embargo, “las clases que uno puede seleccionar en el espacio social [...] no existen como grupos reales, aunque ellas expliquen la probabilidad de constituirse en grupos prácticos” (Bourdieu, 1989: 30).

Los mapas reflejan la influencia y las prioridades de los actores que los crean y, a su vez, actúan como instrumentos para modelar nuevas realidades espaciales (Mc Call, 2003: 551). En este sentido, la agrupación por estratos sociales a partir del lugar de residencia de la población instituye un espacio mediante relaciones de poder que permite hablar de *clase* en el sentido de grupo organizado, con identidad propia. Ante este juego dialéctico entre espacio y sociedad, Soja (1985: 3) introduce el concepto de *espacialidad*, como “espacio socialmente producido”, para dar cuenta de la complejidad de los fenómenos de orden social de los que forman parte como representación simbólica.

Con este enfoque, los actores sociales cobran relevancia tejiendo relaciones y entablando luchas y alianzas que se materializan en el territorio. En este sentido, Rodríguez Goia (2011) cuestiona la idea de que en una metrópoli las identidades puedan ser fijas o estables, pues la complejidad y diversificación de las interacciones abren posibilidades de manejo, conflicto y negociación constantes. Por el contrario, se entiende a la sociedad como algo activo y cambiante, fuente de dinámicas en las cuales los actores accionan códigos y manipulan su identidad según el contexto social en el que se encuentren.

Más allá de los mapas y las categorías utilizadas, es precisamente en las interacciones sociales donde la periferia –y el espacio urbano en su conjunto– se construye, se produce y se actualiza. En esta línea, las barreras y los límites territoriales, aunque bien pueden ser móviles y cambiantes, proponen –mediante relaciones de poder– diferencias simbólicas entendidas como fronteras de marginalidad.

V. Instauraciones discursivas de cara al debate actual

El Área Metropolitana de Buenos Aires, inserta en una red de ciudades globales, ha dado cuenta en sus últimas décadas de una periferia que se presenta como territorio en transición, como fragmento en situación de espera, de cambio de destino. Allí, la ciudad manifiesta una discontinuidad del tejido edificado, una ocupación fragmentada y una pérdida del paisaje rural. En contraposición con las áreas centrales consolidadas, se encuentra sometida a un fuerte proceso de polarización que tensiona la naturaleza interactiva entre relaciones sociales y estructuras espaciales.

Desde esa perspectiva, hemos intentado examinar la noción de periferia implícita en los discursos académicos y en sus consecuentes traducciones en representaciones espaciales, buscando posibles respuestas al debate actual y algunas categorías para el análisis de su devenir futuro. Es así que nos preguntamos, al respecto, cómo desde la narración se van instituyendo diferencias en la ciudad, sobre todo remitidas a esa idea de periferia y a su contraposición con la noción de centro. Las respuestas comienzan a asomar cuando se involucran conceptos y aspectos dinámicos y flexibles a la hora de estudiar procesos sociales. Luego, se identifican y espacializan las condiciones de hacinamiento y precariedad históricas que ha presentado la periferia, en el marco de los actores y fenómenos que actúan en la construcción del territorio.

Encontramos y destacamos así una noción de periferia que evoluciona y se complejiza a partir de un intento de espacializar lo social. La identificación de

estadios o escenarios de esa evolución ofrece constantes y matices. La periferia ha sido esencialmente caracterizada como zona mala por mejorar, que se aleja del centro, y que le ha sido atribuida a los sectores populares que puján por su legitimación como colectivo: primero, en términos de *refugio de migrantes* autosuburbanizados; luego, de disputas por condiciones mínimas para autoconstruir sus viviendas; y por último, como amparo del territorio frente a las élites que intentan desplazarlos.

Entre constantes y matices se construye y reconstruye la noción de periferia en función de la diferenciación de lugares: por un lado, se instala como límite simbólico a la expansión de la pobreza; por otro, se delimita desde la perspectiva de un grupo social autopercebido; y finalmente, como producción social colectiva modelada por luchas y alianzas. Con lo cual, a través del relato atribuible a los mapas –signado por el dinamismo, el conflicto y el cambio en las relaciones de fuerza–, no solo se diferencian lugares sino que, además, se fijan límites a sectores sociales mediante marcas simbólicas que otorgan estatus y poder.

De cara al debate actual emergen como discursos algunas categorías para el análisis. Hablamos de una periferia entendida como *zona de frontera* que no solo se diferencia de las centralidades sino que también, en su mismo seno, deslinda un afuera no urbanizado, hostil, incierto, temido; y demarca un adentro signado por carencias, ausencias y privaciones, y que lo torna tan singular con ese afuera no urbanizado. Y hablamos también de la periferia como un *entramado de poder* que condensa relaciones y disputas entre diferentes sectores sociales, y que en esas interacciones es donde, en efecto, se produce y reproduce como tal.

Este proceso de cambio genera nuevas relaciones entre *espacio, poder e identidad*, y se expresan mediante símbolos y elementos materiales que comunican ideas y valores, y que contribuyen a ordenar y a reconfigurar el territorio, la población, las inversiones, etc. De este modo podríamos identificar tentativamente varios discursos que encontramos socialmente legitimados en esta noción de periferia: el *discurso del orden*, dado por el Estado a espacios y actividades; el *discurso del poder*, dado por las luchas sociales y las relaciones de fuerza instaladas; y el *discurso de la diferenciación*, dado por sus propias cualidades socioterritoriales.

En consecuencia, en la noción de periferia se establece una relación dialógica entre la reproducción de la ciudad y la reproducción de la vida, que mediante elementos de *estatus, poder y diferenciación* ofrece como aporte al debate un discurso que no solo se remite a la ubicación y delimitación de lugares sino que, además, desde una dimensión simbólica ordena las relaciones de fuerza, las diferencias de lugares, las distancias sociales. La periferia así entendida

articula *escenarios, espacialidades y actores* como aspecto nodal para hablarnos de un tríptico constituido por *orden, poder y exclusividad* desde donde, a la vez que describe, construye categorías y dialécticas que establecen desde el discurso diferencias en la ciudad.

Referencias bibliográficas

- Abba, Artemio; Kullock, David; Novik, Alicia; Pierro, Nilda y Schweitzer, Mariana (2011), *Horacio Torres y los mapas sociales. La construcción teórica del caso Buenos Aires*. Buenos Aires: Cuentahilos.
- Austin, John (1955), *Cómo hacer cosas con palabras*. Santiago de Chile: Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.
- Berry, Brian y Kasarda, John (1977), *Contemporary Urban Ecology*. New York: Macmillan.
- Borja, Jordi y Castells, Manuel (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus, UNCHS.
- Bourdé, Guy (1977), *Buenos Aires. Urbanización e inmigración*. Buenos Aires: Huemul, Colección Temas Básicos.
- Bourdieu, Pierre (1989), “El espacio social y la génesis de las clases”; en *Estudios sobre las culturas contemporáneas* III (7), pp. 27-55. Colima: Universidad de Colima.
- Bozzano, Horacio (2009), *Territorios posibles, procesos, lugares y actores*. Buenos Aires: Lumiere.
- Buzai, Gustavo y Marcos, Mariana (2012), “The Social Map of Greater Buenos Aires as Empirical Evidence of Urban Models”; en *Journal of Latin American Geography*, 11 (1), pp. 67-78. Conference of Latin Americanist Geographers. University of Texas Press.
- Cardie, Horacio (2007), “La conurbación de Buenos Aires como objeto de estudio histórico. Argumentos científicos y lógicas disciplinares”; en *Seminario de Crítica*, N.º 157. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas.
- De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Interamericana Iteso.

- Díaz, Esther (2007), *Entre la tecnociencia y el deseo*. Buenos Aires: Biblos.
- Fleckenstein, Leah (1991), "How maps lie"; en *Syracuse University Magazine*, 1 (8), pp. 36-39.
- Friedmann, John (1986), "The World City Hypothesis"; en *Development and Change*, 17, pp. 69-84.
- Garay, Alfredo y Magariños, Néstor (1995), *El conurbano bonaerense, relevamiento y análisis*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, CONAMBA.
- Gutiérrez, Alicia (2002), "Problematización de la pobreza urbana tras las categorías de Pierre Bourdieu"; en *Cuadernos de Antropología Social*, N.º 15, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 9-27.
- Harvey, David (1990), *The Condition of Post-Modernity: An Enquiry into the Origins of Social Change*. Oxford and New York: Basil Blackwell.
- Lizardo, Omar (2009), *The Cognitive Origins of Bourdieu's Habitus*. Arizona: Department of Sociology, University of Arizona.
- Lombardo, Juan (2008), *La construcción de la ciudad. El caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Nobuko.
- Lombardo, Juan (2012), *La construcción del espacio urbano*. Buenos Aires Ciccus.
- Mc Call, Michael (2003), "Seeking good governance in participatory-GIS: A review of processes and governance dimensions in applying GIS to participatory spatial planning"; en *Habitat International*, 27 (4), pp. 549-573.
- Montero, Maritza y Salas Sánchez, Miguel (1993), "Imagen, representación e ideología. El mundo visto desde la periferia"; en *Revista Latinoamericana de Psicología*, 25 (1), pp. 85-103. Bogotá, Fundación Universitaria Honrad Lorenz.
- Novick, Alicia (2004), "Historias del urbanismo. Historias de la ciudad. Una revisión de la bibliografía"; en *Seminario de Crítica*, 137. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas.
- Pérez, Pedro (1994), *Buenos Aires metropolitana. Política y gestión de la ciudad*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Prévot Schapira, Marie France (1989), "L'affirmation municipale dans le Grand Buenos Aires: tensions et ambigüités". Colloque Reflets des villes latino-américaines, Lyon.

- Randle, Patricio (1969), *La ciudad pampeana: geografía urbana, geografía histórica*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Rodríguez Goia, Marisol (2011), “Mundos urbanos: el contacto con el ‘otro’ y la producción de la diferencia en la ciudad”. Tesis doctoral. Dir.: Dr. Jordi Roca i Girona. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.
- Sargent, Charles (1974), *The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires, Argentina, 1870-1930*. Arizona State University: Center of Latin American Studies.
- Sassen, Saskia (1994), *Cities in a World Economy*. California: Pine Forge, Sage Press.
- Scobie, James (1977), *Buenos Aires: del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Soja, Edward (1985), “La espacialidad de la vida social: hacia una re teorización transformativa”; en Gregory, Derek y Urry, John (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*. Londres: Macmillan.
- Soja, Edward (1996), *Six Discourses on the Postmetropolis*. Routledge: Imagining Cities.
- Tella, Guillermo (2001), *Del suburbio a la post-periferia. Efectos de una modernización tardía en la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA.
- Tella, Guillermo (2007), *Un crack en la ciudad. Rupturas y continuidades en la trama urbana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones Nobuko.
- Tella, Guillermo (2014), *Planificar la ciudad. Estrategias para intervenir territorios en mutación*. Buenos Aires: Diseño Editorial.
- Torres, Horacio (1975), “Evolución de los procesos de estructuración espacial urbana. El caso de Buenos Aires”; en *Desarrollo Económico*, 15 (18), Buenos Aires: IDES.
- Torres, Horacio (1977), “Evolución de los procesos de estructuración espacial urbana. El caso de Buenos Aires”; en J. E. Hardoy y R. Schaedel (comps.), *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires: SIAP.
- Torres, Horacio (1978), “El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos”; en *Desarrollo Económico*, 8 (70), Buenos Aires: IDES.

- Torres, Horacio (1987), “El mapa social del AMBA entre 1960 y 1980: políticas de vivienda y de transporte”; en *Espacio y Organización*, Revista de Planeamiento Urbano y Regional III (1).
- Torres, Horacio (1992), “Cambios en la estructura socioespacial de Buenos Aires a partir de la década de 1940”; en R. Sautu y R. Jorrot (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, pp. 158-175. Buenos Aires: Paidós.
- Torres, Horacio (1993), *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*. Buenos Aires: Ediciones FADU, UBA.
- Torres, Horacio (2001), “Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990”; en *Eure*, 27 (80), pp. 33-56. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Torres, Horacio; Tella, Guillermo y Morano, Cesira (1999), *Diagnóstico socio-territorial de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires y su contexto metropolitano*. Documento 1. Buenos Aires: Secretaría de Planeamiento Urbano del Gobierno de la Ciudad.
- Torres, Horacio; Tella, Guillermo; Morano, Cesira y Fernández, Marcela (1997), “Transformaciones socioterritoriales recientes en una metrópolis latinoamericana. El caso de la Aglomeración Gran Buenos Aires”; en *Anales del VI Encuentro de Geógrafos de América Latina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Vapñarsky, César (1989), *Aportes teórico-metodológicos para la determinación censal de localidades*. Buenos Aires: Cuadernos del CEUR, N.º 11.
- Vapñarsky, César (1999), *La Aglomeración Gran Buenos Aires. Expansión espacial y crecimiento demográfico entre 1869 y 1991*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Wood, Denis (1992), *The power of maps*. New York: Guilford Press.

Reflexiones finales

El análisis que hemos propuesto en este trabajo estuvo centrado en la construcción de la ciudad, y desde allí abordamos el concepto de reproducción social en un territorio determinado. Partiendo de este marco conceptual intentamos una aproximación al sistema complejo de relaciones que los actores conforman al construir su lugar de vida en un espacio geográfico determinado, y observamos cómo las decisiones y las acciones de cada actor influyen tanto en la construcción del espacio urbano como en su ordenamiento, su valorización y su diferenciación.

Esta mirada intentó ser a la vez crítica y propositiva. Entendemos que las problemáticas que acucian a la ciudad actual no son novedosas sino que, como hemos observado, se encuentran presentes en los estudios urbanos que se han venido realizando en distintos momentos y lugares desde la primera Revolución Industrial. Es así que nos preguntamos por qué estas cuestiones resultan recurrentes a lo largo de la historia y qué se ha hecho en el marco de las políticas sociales y de los programas urbanísticos que pueda, al menos, intentar resolver estos conflictos. Es evidente que las respuestas hasta hoy ofrecidas a estos interrogantes parecen ser, al menos, insuficientes.

Desde nuestra perspectiva, proponemos una concepción de las relaciones sociales que se caracteriza por considerar que la reproducción de la vida es dependiente de la reproducción del capital y no a la inversa. En ese marco no importan los sujetos sino los objetos urbanos y las dimensiones simbólicas. Los actores sociales importan solo en la medida en que son productores de tributos, trabajo y plusvalor, como consumidores y sostenedores de un sistema que, a la vez, es avalado por el poder público.

Dado que este sistema genera y promueve diferencias sociales y una distribución desigual del espacio y del acceso a bienes y servicios, la propuesta de abordaje intenta alejarse de un paradigma puramente economicista para instalar a la ciudad construida en un contexto donde los distintos sectores de la población intentan reproducir sus vidas.

A partir de identificar el sistema como problemático para la reproducción social, proponemos desde aquí un punto de vista que acepte la complejidad de

la vida, la diversidad de actividades y de actores en un territorio integrado, sin ser separado en piezas, en sectores, en “manchas”. No obstante, consideramos esencial identificar las contradicciones fundamentales de su construcción.

En tal proceso se generan relaciones de poder y, a la vez, de mantenimiento de las relaciones que sostienen ese poder. Y aparecen organizadas en sistemas conectados por una secuencia de símbolos que se entrecruzan y se articulan entre sí. De tal modo, el espacio urbano expresa las divisiones físicas y simbólicas y pone en evidencia la organización urbana y la forma de distribución de los diferentes sectores sociales en el territorio.

A partir de un modelo dado de organización del espacio emergen una serie de conceptos, percepciones y significados definidos socialmente, puestos en discusión con diferente intensidad, que remiten a una pugna de intereses contrapuestos, que se debaten entre lo público y lo privado, y que hacen referencia a cuestiones como la *autoridad*, la *centralidad* y la *legitimidad*.

En los recientes procesos de construcción de la ciudad prevalece el accionar del capital con el objetivo de maximizar su ganancia en detrimento de aspectos centrales como la integración urbana, la equidad social y la sustentabilidad ambiental. Dentro de esta complejidad, el espacio urbano expresa a su vez múltiples significados que se organizan en el territorio en función de la decisión de dichos actores, donde cobran mayor relevancia el Estado y los inversores privados que transforman el espacio urbano.

Esta lógica se impone, se acepta, y expresa el poder en la toma de decisiones de una ciudad entendida fundamentalmente como un espacio de negocios. En ese contexto particular señalamos cómo en la ciudad existen signos que se vuelven símbolos, íconos e hitos que actúan sobre la subjetividad, que reproducen ideologías, que marcan diferencias y que ordenan el territorio con la lógica de los discursos dominantes.

Las marcas simbólicas se erigen como parte constitutiva del proceso de construcción de la ciudad, donde el Estado sostiene el orden en el territorio mientras el mercado construye diferencias a medida que se van estableciendo las relaciones de poder y se van conformando las distancias sociales.

Hemos señalado, además, cómo la diferenciación del territorio muchas veces es definida mediante “mapas-relato”, por lo que esa diferencia se vuelve también simbólica en el discurso social, que a su vez se expresa en el territorio ordenado y se instala como un nuevo mecanismo que describe, define, ordena y legitima determinadas situaciones socioespaciales.

La diferenciación en la ciudad ha sido analizada también a través de la evolución de la periferia urbana de Buenos Aires. Este caso nos ha permitido identificar los diferentes conceptos mediante los cuales se fue definiendo la periferia y cuáles han sido sus características principales en cada período. Y pudimos comprobar que la construcción de la periferia también ha significado una fuerte lucha de intereses entre diversos actores que buscaban habitar esos espacios en sus realidades diferentes.

En esa lucha, la periferia se fue gestando como un territorio con características diferenciales conforme al momento que transitara. A partir de ello surgen discursos ordenadores que transforman el territorio de acuerdo a sus intereses, aspiraciones y posibilidades. Es así que el Estado, si bien cumple un papel relevante al ordenar las actividades y el espacio, termina haciéndolo de modo tal que la reproducción social y económica se vea favorecida.

Este es el rol que el Estado tiende a asumir en la conformación de la ciudad actual, donde pareciera que el propósito final de la gestión pública dista de la búsqueda de la equidad social y de la integración urbana, y se presenta como facilitadora del desarrollo de las inversiones privadas. Hablamos entonces de una peculiar articulación de fuerzas entre los diversos actores de la ciudad, que se apropian de territorios resignificados como áreas de oportunidad.

En consecuencia, en la ciudad aparece un discurso diferenciador que expresa la lógica sobre la que se reproduce el sistema complejo en el que nos desarrollamos. Así, la ciudad nos “habla” acerca de la propiedad privada y de las diferencias entre los actores que comparten el territorio, sus luchas, sus pujas. Y en sus enunciados nos expresa esa diferenciación mediante un orden instituido y estructurado que define un nuevo *estatus urbano* de lugar.

Los autores

Jorge Amado

Es licenciado en Urbanismo y diplomado universitario en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), donde también se encuentra realizando el Programa de Posgrado –Maestría y Doctorado– en Estudios Urbanos.

Complementó su formación con cursos de posgrado en gestión del suelo urbano, representaciones territoriales, planificación urbana y sustentabilidad, entre otros. Ha participado en encuentros académicos en ámbitos nacionales e internacionales y ha publicado artículos en revistas y periódicos especializados.

A nivel profesional se ha desempeñado en la administración pública como funcionario y consultor en áreas de reordenamiento territorial, hábitat social, vivienda y desarrollo local, formulando y ejecutando programas y proyectos en gobiernos municipales.

Además ha participado en equipos de investigación de organismos públicos y privados, y como becario de la UNGS desarrolló actividades de investigación y docencia.

Actualmente se desempeña como director de Hábitat Social de la Municipalidad de San Miguel (Buenos Aires), como coordinador de contenidos de la revista digital de urbanismo *Armar la Ciudad* y como consultor en temas de urbanismo y hábitat.

Juan Lombardo

Es arquitecto por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Realizó el posgrado Diplomingenieur RWTH, se doctoró como Doktoringenieur RWTH y completó su posdoctorado Lehrstuhl für Planungstheorie der RWTH con el tema “Producción de la ciudad”; todo ello en la Universidad de Aachen, Alemania.

Fue miembro fundador de la primera Asociación de Investigadores del país, la Asociación de Miembros de la Carrera de Investigador de la UNR, y secretario general del Directorio del Consejo de Investigaciones de la UNR. También se desempeñó como miembro de comisiones científicas, como coordinador de Investigación del Instituto del Conurbano de la UNGS y como vicepresidente de la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Urbanismo y Planeación.

Es autor de numerosos libros, entre ellos: *La construcción del espacio urbano. Sus características en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (2012); *Metrópolis y sustentabilidad en América Latina desde la perspectiva de los sistemas complejos en los albores del siglo XXI* (2012) y *La construcción de la ciudad. El caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires* (2008).

Guillermo Tella

Es arquitecto por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Realizó estudios de posgrado en Planificación Urbano-Regional. Desarrolló el Programa de Estudios Superiores de Doctorado de la UBA y alcanzó el grado de doctor en Urbanismo (2011). Asimismo, completó el Programa Posdoctoral en la Universidad Nacional de Córdoba en 2012.

Es profesor e investigador desde 1989 en diversas universidades nacionales. Ha sido designado en 2009 con Categoría II en el Programa de Incentivos a Docentes Investigadores del Ministerio de Educación de la Nación. Actualmente desempeña sus actividades académicas en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), donde es coordinador de la Licenciatura en Urbanismo, dirige la revista digital de urbanismo *Armar la Ciudad* y conduce el programa de radio *Zona Urbana*.

Ha publicado varios libros sobre los procesos de transformación de nuestras ciudades, entre ellos: *Planificar la ciudad* (2014); *Ciudad inclusiva, región integrada* (2013); *Buenos Aires. Albores de una ciudad moderna* (2009); *Un crack en la ciudad* (2007); *Hacer ciudad* (2006); *Investigación e Interdiseño* (2005); *Del suburbio a la post-periferia* (2001); *Política municipal y espacio urbano* (1994) y *Uso político de la arquitectura argentina* (1990).